



Das Capital

La transubstanciación de la substancia humana

Jordi Soler Alomà

Das Kapital

—La transubstanciación de la substancia humana—

**Análisis de *El Capital* de
Karl Marx**

Jordi Soler Alomà

Doctor en Filosofía

UNIVERSIDAD DE BARCELONA

ÍNDICE

<i>Introducción</i>	3
<i>La Contribución a la Crítica de la Economía política</i>	6
<i>Das Kapital (La transubstanciación de lo humano)</i>	10
<i>1.- En torno a El Capital</i>	10
<i>2.- La mercancía y el valor: los dos factores de la transubstanciación</i>	27
<i>3.- La forma de mercancía y su dialéctica</i>	29
<i>3. 1.-El valor en su forma relativa: desde fuera del espejo</i>	32
<i>3. 2.- El valor en la forma de equivalente: desde dentro del espejo</i>	33
<i>3. 3.- Aristóteles: el primer economista</i>	36
<i>3. 4.- La forma desplegada del valor: primera “capa de pintura” ideológica</i>	39
<i>3. 5.- La forma general del valor: segunda “capa de pintura ideológica”</i>	41
<i>3. 6.- La forma de dinero del valor y el fetiche mercancía: la pérdida total</i>	45
<i>4.- La perfecta trinidad</i>	53
<i>4. 1.- Lo generador</i>	53
<i>4. 2.- Lo generado</i>	61
<i>4. 3.- La entelequia</i>	65
<i>Bibliografía</i>	70

INTRODUCCIÓN

Entre los *Grundrisse* – a los que he dedicado un breve estudio que recientemente ha sido publicado en *Rebelión*– y *Das Kapital* Marx escribió la *Contribución a la Crítica de la Economía Política*. El contenido de esta obra se encuentra, más desarrollado, en *El Capital*; sin embargo, de la *Contribución* nos interesa especialmente el viejo prólogo – que su autor desestimó por audaz –, que contiene el famoso párrafo en el que Marx hace balance de su trayectoria intelectual y expone, de manera esquemática, la dependencia interna de los diferentes procesos que están involucrados en el devenir social. Desdichadamente, la intención pedagógica de Marx tuvo el resultado contrario al esperado: de las diferentes “lecturas” del *Prólogo* surgieron otras tantas “teorías” supuestamente marxistas, como la tan traída de la “base y la superestructura”, etc., – siempre en pos de la comodidad intelectual. Entraremos en *El Capital*, pues, a través de esta *Introducción*.

“*La transubstanciación de lo humano*” es como he subtitulado el trabajo, dedicado a *Das Kapital*, porque, tal y como ahí se demuestra, la naturaleza del capital es transubstancial –recuerde el lector lo dicho por

Marx (y nunca habló tan en serio) sobre el carácter de fetiche de la mercancía—. La substancia humana, que toma la forma de mercancía — como fuerza de trabajo —, se transforma en valor durante la actualización de ésta en el proceso de trabajo, valor que es ávidamente asimilado por el capital, que se alimenta de esta substancia — decir que el capital es *trabajo acumulado* es lo mismo que decir que es *acumulación de substancia humana*, entendiendo por ésta todo aquello de que se desprende aquél que debe vender su fuerza de trabajo, es decir, todo lo que transfiere, de su ser, al capital.

En *Das Kapital* es donde Marx, por primera vez, expone de manera impecable y definitiva la dialéctica de la *forma* de valor, a través de los sucesivos estadios por los que evoluciona ésta hasta que alcanza la *forma* de dinero, que es la semilla del capital. Las tres “patas” del sistema son el dinero, el capital y la fuerza de trabajo (con su carácter de mercancía); constituyen éstas una trinidad misteriosa; son tres caras de lo mismo. El dinero (lo “generador”) se aliena como capital (lo “generado”) por tal de autoafianzarse —en este caso de autoengordar—; la fuerza de trabajo (la “entelequia”) es el *logos* económico universal que hace que todo el mundo tenga su propia mercancía, que todo el mundo sea *propietario* (aunque solo lo sea de su piel) y pueda formar parte como miembro de “pleno derecho” de la comunidad espiritual-ideológica del *sistema*. Esta fantasmagórica trinidad tiene un misterioso funcionamiento *trinitario*, secreto celosamente guardado por la ideología.

Con el fin de hacer más cómoda la lectura del texto, evitando la excesiva proliferación de notas a pie de página, éstas, generalmente, nada más figurarán para precisar o aclarar conceptos, o para suministrar información conveniente sobre alguna cuestión. La manera de citar en el presente texto está directamente vinculada a la bibliografía aducida con las siguientes convenciones:

– la referencia de cada cita (o paráfrasis) aparecerá al final del texto aducido y entre corchetes, con las siguientes características:

– los autores que son citados de una manera tradicional, como por ejemplo Aristóteles, lo serán siguiendo las pautas convenientes, pero de acuerdo con el anterior apartado.

– si de un autor solo figura una obra a la bibliografía, figurará directamente el número de página de esta obra.

– si de un autor hay más de una obra a la bibliografía, la primera vez que se cite (o para distinguirla de citas de otras obras), antes del número de página irá el año de edición que figura en la bibliografía; p. ej. [1970,84].

– las citas de las obras de Marx editadas en la colección de obras completas de la editorial Crítica figurarán, en la primera aparición, con el nombre de la colección “OME”, seguidas del número del volumen (p. ej. OME 40) y del número de página; p. ej. [OME 44, 221].

– si la cita pertenece a una obra de Marx de otra edición, constarán, en la primera aparición, las iniciales del título de la obra; p. ej. [MF, 184]

Para una lectura más ágil se prescinde de las incómodas notas finales.

La Contribución a la Crítica de la Economía política

Habiendo plasmado ya los nuevos conceptos de su pensamiento científico en los borradores de los Grundrisse, Marx emprende la tarea de sistematizar toda la información. *Zur Kritik der Politischen Ökonomie* comienza con un prefacio en el que el autor expone brevemente su trayectoria intelectual, en la que sitúa como punto de partida básico su trabajo sobre la *Filosofía del Derecho* de Hegel (que no fue más allá del borrador de la introducción en la forma de declaración política de principios) constatando que llegó al siguiente resultado:

- las relaciones jurídicas y las formas de Estado se explican en las condiciones materiales de existencia;
- la anatomía de la sociedad hay que buscarla en la economía política.

Con estas premisas la investigación lo lleva a formular uno de sus textos más citados pero peor interpretados (cuando no directamente tergiversados):

El resultado general a que llegué y que, una vez obtenido, me sirvió de guía para mis estudios, puede formularse brevemente de este modo: en la producción social de su existencia, los hombres entran en relaciones determinadas, necesarias, independientes de su voluntad: estas relaciones de producción corresponden a un grado determinado de desarrollo de sus fuerzas productivas materiales. El conjunto de esas relaciones de producción constituye la estructura económica de la sociedad, la base real, sobre la cual se eleva una superestructura jurídica y política y a la que corresponden formas sociales determinadas de conciencia. El modo de producción de la vida material condiciona el proceso de vida social, política e intelectual en general. No es la conciencia de los hombres la que determina la realidad; por el contrario, la realidad social es la que determina su conciencia. Durante el curso de su desarrollo, las fuerzas productoras de la sociedad entran en contradicción con las relaciones de producción existentes, o, lo cual no es más que su expresión jurídica, con las relaciones de propiedad en cuyo interior se habían movido hasta entonces. De formas de desarrollo de las fuerzas productivas que eran, estas relaciones se convierten en trabas de estas fuerzas. Entonces se abre una era de revolución social. El cambio que se ha producido en la base económica trastorna más o menos lenta o rápidamente toda la colossal superestructura. Al considerar tales trastornos importa siempre distinguir entre el trastorno material de las condiciones económicas de producción -que se debe comprobar fielmente con ayuda de las ciencias físicas y naturales- y las formas jurídicas, políticas, religiosas, artísticas o filosóficas; en una palabra, las formas ideológicas, bajo las cuales los hombres adquieren conciencia de este conflicto y lo resuelven. Así como no se juzga a un individuo por la idea que él tenga de sí mismo, tampoco se puede juzgar tal época del trastorno por la conciencia de sí misma; es preciso, por el contrario, explicar esta conciencia por las contradicciones de la vida material, por el conflicto que existe entre las fuerzas productoras sociales y las relaciones de producción. Una sociedad no desaparece nunca antes de que sean desarrolladas todas las fuerzas productoras que pueda contener, y las relaciones de producción nuevas y superiores no se sustituyen jamás en ella antes de que las condiciones materiales de existencia de esas relaciones hayan sido incubadas en el seno mismo de la vieja sociedad. Por eso la humanidad no se propone nunca más que los problemas que puede resolver, pues, mirando de más cerca, se verá siempre que el problema mismo no se presenta más que cuando las condiciones materiales para resolverlo existen o se encuentran en estado de existir. Esbozados a grandes rasgos, los modos asiáticos, antiguos, feudales y burgueses modernos de producción pueden ser designados como otras tantas épocas progresivas de la formación social económica. Las relaciones burguesas de producción son la última forma antagónica del proceso de producción social, no en el sentido de un antagonismo individual, sino en el de un antagonismo que nace de las condiciones

sociales de existencia de los individuos; las fuerzas productoras que se desarrollan en el seno de la sociedad burguesa crean al mismo tiempo las condiciones materiales para resolver este antagonismo. Con esta formación social termina, pues, la prehistoria de la sociedad humana [42-44].

Resumiendo: cuando venimos al mundo nos encontramos, de antemano (o “*a priori*”), con una red de relaciones (más o menos complicada, según la época que nos toque vivir) económicas sancionadas jurídicamente y organizadas políticamente; este entramado se autoexplica en formas determinadas de conciencia social (ideología). Siendo así que las relaciones jurídicas y políticas dependen de las relaciones económicas, cuando cambian éstas – proceso que “*se ha de comprobar fielmente con la ayuda de las ciencias físicas y naturales*” – las primeras se deben transformar en función de estos cambios, y la ideología se debe adaptar a la nueva situación. Naturalmente, estos cambios no vienen de fuera, sino que obedecen a la evolución de la sociedad a través de formas cada vez más complejas – que solo se suceden la una a la otra si se cumple que *a*) se han desarrollado todas las fuerzas productivas que puede contener la primera y *b*) se han “incubado” las condiciones de las nuevas relaciones de producción propias de la siguiente – que hasta hoy reflejan la escisión en su naturaleza antagónica. Para Marx, la nuestra es la forma de organización social que puede generar las condiciones que permitan superar la escisión y, con ella, la prehistoria.

La manera esquemática y pedagógica en que está escrito este párrafo ha confundido a algunos autores (tanto marxistas como no marxistas)

que han visto presuntas teorías (como la de la “base y la superestructura” o un determinismo mecanicista en la sucesión de las formas evolutivas de la sociedad) donde no hay más que bienintencionadas finalidades didácticas.

Siendo así que *Zur kritik* no contiene nada esencial (a parte de la citada *Introducción*) que no esté en el primer capítulo de *Das Kapital*, afrontaremos ya lo obra culminante de Marx, el cual, sobre este particular, manifiesta que:

El contenido de aquel escrito anterior se resume en el primer capítulo de este tomo. Se ha hecho así no sólo por cohesionar y completar el conjunto: también se ha mejorado la exposición. En la medida en que lo permitía el estado de la cuestión, muchos puntos antes sólo aludidos se han desarrollado aquí, mientras que, a la inversa, cosas allí detalladamente desarrolladas son aquí sólo aludidas. Como es natural, se prescinde ahora totalmente de las secciones sobre la historia de la teoría del valor y del dinero. Pero el lector del anterior escrito encontrará en las notas al primer capítulo nuevas fuentes de la historia de aquella teoría¹.

1. Este párrafo, procedente de la introducción a *El Capital* (OME 40, p. 5), se refiere, precisamente, a la *Contribución*.

Das Kapital

La transubstanciación de lo humano

1.- En torno a El Capital

En *Dialéctica de lo concreto*, Karel Kosik dedica un capítulo — “problemática de *El Capital* de Marx” — a la última obra de nuestro autor. Después de una larga disquisición sobre cómo se debe interpretar un texto, llega a la conclusión que toda interpretación es siempre una valoración. La indiferencia hacia unos u otros pasajes del texto varía históricamente; la incompreensión de algunos pasajes excusa la omisión.

Una parte fundamental de las exposiciones sobre *El Capital* ha violado la regla fundamental de interpretación según la que ésta —si quiere ser auténtica— no puede dejar en el texto lugares “oscuros” o no aclarados, es decir, que una interpretación no puede dividir el texto en una parte que es explicable de acuerdo con cierto principio y otra que queda fuera de la interpretación y es, por lo tanto, desde el punto de vista de este principio, opaca y carente de significado [175].

Así es como una “lectura económica” de *El Capital* hace abstracción del contenido filosófico (y viceversa), de manera que no se está leyendo de

verdad esta obra, en la que “la economía se entrelaza de manera especial con la sociología, la filosofía de la historia y la filosofía” [177].

Kosik destaca cuatro interpretaciones típicas de *Das Kapital*: la primera concibe “la obra de Marx como una lógica aplicada que se vale de la economía para ilustrar su movimiento” y se intenta extraer una lógica pura [177-178].

Otra interpretación pretende fundamentar filosóficamente *El Capital* con la *fenomenología*, de manera que el análisis integral de Marx queda convertido en una mera descripción fenomenológica de cosas.

Una tercera concepción ve la obra de Marx como “una filosofía existencial que concibe las categorías económicas como vacuos signos o símbolos de una esencia oculta, de la situación existencial del hombre” [180].

La última interpretación aducida por Kosik considera que “los análisis de Marx conservan un valor científico, *no obstante* el lastre metafísico-especulativo en el que se encuentran envueltos” [181]. Esta interpretación abstrae del contenido filosófico y reflexivo de la ciencia, sin el que ésta sería una simple tecnología.

Kosik se pregunta ¿como, por adelantado, sabe Marx, quien en el análisis parte de la mercancía, que ésta contiene “*de manera oculta, no desarrollada y abstracta*, todas las determinaciones fundamentales de la economía capitalista?” [198]. La respuesta (obvia) es que Marx ya conocía las determinaciones desarrolladas del capitalismo, y, por lo tanto, lo que le restaba por hacer era mostrar cómo la dialéctica de la *forma* mercancía conducía necesariamente al capital. “Des del punto de vista

metodológico eso significa el descubrimiento de una conexión dialéctica entre un elemento y la totalidad, entre un embrión no desarrollado y el sistema desarrollado y en funciones” [ibíd.]. Todo este conjunto teórico había estado preparado por Marx mediante el estudio historiográfico de las teorías de la plusvalía, previo a la redacción de *El Capital*, a pesar de reservarle el último lugar en “el orden de la exposición”.

El Capital de Marx no es una *teoría*, sino una *crítica* teórica, o una teoría *crítica* del capital. No es solo una descripción de las formas objetivas del movimiento social del capital y de las correspondientes formas de conciencia de sus agentes, sino que, en indisoluble unidad con la búsqueda de las leyes objetivas del *funcionamiento* del sistema (que incluye interrupciones y crisis), investiga también la génesis y la configuración del *sujeto* que lleva a cabo la destrucción *revolucionaria* del sistema. El sistema es descrito en su totalidad y concreción y se descubren las leyes inmanentes de movimiento y destrucción. El *conocimiento* o la *toma de conciencia* de la naturaleza del sistema como sistema de explotación es condición ineludible por tal que la odisea de la forma histórica de la praxis se cumpla en la praxis revolucionaria [202-203].

Digamos, en otras palabras, que *Das Kapital* es la *dissección* del sistema a efectos revolucionarios.

La toma de conciencia a que se refiere Kosik no es del tipo de las que conducen a, por ejemplo, una mejora en las condiciones de trabajo (que no es otra cosa que mejorar las condiciones de esclavitud) sino que debe ser una toma de conciencia radical, que implique la eliminación de toda condición de trabajo (vale decir, de explotación); en otras palabras, no es una toma de conciencia reformista, sino revolucionaria; la primera permanece en la ideología, pero la segunda abjura de ella. De todas maneras, la interpretación de Kosik no cuadra con lo que acaba-

mos de leer del viejo prólogo de la *Contribución*: es la propia evolución de las fuerzas productivas la que impulsa la transformación de las relaciones de producción; el sujeto histórico puede tener una actitud activa o pasiva o, aún más, contraria a la “revolución”; o también se puede dar el caso, como en la Alemania del siglo XIX, que conviva la filosofía más revolucionaria con el sistema social más retrógrado de Europa. En Francia coincidieron por un momento ambos impulsos; en Rusia, el sujeto revolucionario que quería destruir el sistema sucumbió a sus trampas.

También, sin embargo, la conciencia *determina* el ser, ya que la transformación óptima del sistema depende de la toma social de conciencia de la situación real, a saber, que toda relación capitalista de producción se basa en la explotación (por más edulcorada que esté) y que lo que hay que hacer es erradicarla, no atenuarla. La toma social de conciencia debe implicar a toda la sociedad, y no solamente al proletariado, ya que la transformación óptima sería la que pudiera salir de los consensos. El esfuerzo principal, en este supuesto, lo deberían hacer los grupos privilegiados de la sociedad, que deberían transformar completamente sus estructuras tal y como hicieron algunos aristócratas inteligentes en el tránsito del feudalismo al capitalismo, aunque esta vez sería distinto: deberían renunciar al poder por el bien de la humanidad, conscientes de ser un impedimento para la evolución; si no pueden poner a la humanidad por encima de sus intereses personales, entonces no son miembros de nuestra especie, son elementos extraños a los que hay que neutralizar.

El autor checo Jindrich Zelený también pone el acento en el “problema del punto de partida” [1974, 54ss.], problema que se debe afrontar teniendo en cuenta dos cuestiones: con qué hay que comenzar al estudiar algo y con qué hay que comenzar cuando se expone un sistema científico. Como ilustración aduce el famoso párrafo introductorio de *El Capital* – donde Marx expone su método – que dice que *el modo de exposición se debe diferenciar formalmente del de investigación, la cual debe asimilar en detalle toda la información sobre el objeto de estudio, analizando las formas de desarrollo y rastreando su movimiento interno*. De hecho, Marx comenzó a abordar su objeto de estudio por la parte que en *El Capital* sería la última: la historia de la teoría, y no fue hasta después de acometer los *Grundrisse* que vio en la forma de mercancía el verdadero núcleo genético de todas las determinaciones del sistema.

Según Zelený, Marx parte de la observación empírica, pero a diferencia de Smith y Ricardo (de orientación lockiana) “contrapone a la interpretación individualista-sensista y contemplativa de la experiencia la concepción histórico-colectivista y practica” [53]; sustituye a la ausencia de presupuestos por el estudio histórico y crítico de los mismos; el sistema de categorías marxiano será (en tanto que dialéctico) abierto en lugar de acotado.

En lo concerniente a la exposición, debe comenzar por lo más simple, pero no como esencia fija, sino como elemento dialéctico que implique al todo. En el estudio del capital este elemento es la mercancía, porque “es un fenómeno económico a partir del que una línea continua histórico-genética conduce hasta el capital y el capitalismo” [56].

Marx emplea “un método específico de derivación al que se suele nombrar dialéctico” [76] más que el método deductivo tradicional; esta derivación dialéctica no es una demostración en sentido euclidiano, “para Marx la deducción *more geometrico* no es ni mucho menos la única forma de derivación científica, ni tampoco la principal. En esta cuestión enlaza con la crítica del método axiomático practicada por la filosofía alemana, particularmente por Hegel” [76]. (Según la descripción que hace el propio Marx tanto en los *Grundrisse* –capítulo sobre el método– como en *El Capital* –Introducción– de su proceder metodológico, en realidad lo que hace es aplicar dialécticamente el método científico).

Para Leszek Kolakowski la aportación principal de *El Capital* es que revoluciona el concepto de *valor* en dos puntos: primeramente, la afirmación que “aquello que el trabajador vende no es el trabajo, sino la fuerza de trabajo, y que el trabajo tiene dos aspectos, el abstracto y el concreto” [266]. En segundo lugar, la concepción del capitalismo como un sistema en el que el único objeto de la producción es “aumentar sin límite el valor de cambio” de manera que “toda la actividad humana está, así, subordinada a un fin no humano, la creación de algo que el hombre no puede asimilar, pues solamente puede asimilar el valor de uso” [Ibíd.]. Efectivamente, el capital es una acumulación cuantitativa inhumana, y no solamente porque el hombre no lo pueda asimilar, sino porque, además, su crecimiento absurdo depende de la esclavización de hombres, pueblos y países, y, aún más, continentes enteros. — Como se verá más adelante, la distinción entre *trabajo* y *fuerza de trabajo*

(que, como hemos podido comprobar, en los *Grundrisse*, al menos de manera explícita y determinante, aún no existía) es fundamental para entender el mecanismo de explotación capitalista, que se sostiene en la ficción universalmente válida del valor de cambio, que en su circuito de retroalimentación positiva subyuga la humanidad entera.

Felipe Martínez sostiene que “todo el proyecto de *Das Kapital* puede ser entendido como nada más y nada menos que la exposición desarrollada de la teoría del valor” y que “la teoría del valor es en el fondo una ontología” [208]. Esta ontología –según dicho autor– deviene en dos niveles: *en sí* o *para nosotros* y *para sí*. Desde la primera perspectiva se tematiza una determinada constitución ontológica (estructura); desde la segunda, la constitución de la verdad (ideología). Se trata de la autointerpretación de la ontología como metafísica que Martínez encuentra ya en la Grecia antigua y que Marx –dice– reconoce en la sociedad moderna, esta tesis se soporta en una reinterpretación de la noción de *ideología*. Pero: ¿por qué *ontología*? Martínez remite al conocido párrafo con que comienza el primer capítulo *de El Capital* y, parafraseándolo, hace el siguiente razonamiento:

Si lo ente, en la sociedad moderna es “una enorme reunión de mercaderías” y la mercancía individual es “la forma elemental”, entonces, al proponerse Marx analizar en qué consiste la mercancía como tal (el carácter-de-mercancía de la mercancía), la cuestión que Marx se plantea es la de una *ontología* [34].

Se trata, pues, de la ontología de la sociedad moderna (aquella en la que impera el modo de producción capitalista) constituida partiendo de la constatación que...

...las cosas son mercancías, *son* en cuanto mercancías; se investiga en qué consiste este específico modo de *ser*; y el camino de esta ontología resulta ser el de la construcción de un modelo, de una estructura a la que nombramos “estructura de la sociedad moderna” o “modo de producción capitalista” [34-35].

A este enfoque del pensamiento marxiano cabe la siguiente objeción: la “teoría del valor” –expresión que, por cierto, no encontramos en Marx– trata de las *formas* de valor; estas formas son estructuras intersubjetivas: la forma de mercancía del producto de la actividad humana (o de la actividad humana misma) es una estructura intersubjetiva que tiene un referente específico –el soporte perceptible de la mercadería– el cual puede ser (para entendernos) *material* o *no material*. El carácter de mercancía no es una propiedad del objeto, sino una propiedad *social* del objeto, de la misma manera que el carácter sagrado de las imágenes religiosas es una propiedad “sobrenatural” suya; en ambos casos se producen fenómenos milagrosos. Por lo tanto, lo que tematiza Marx no es la constitución ontológica de una determinada región del ser. Por otro lado, el enfoque de Martínez plantea el problema que, siendo la ontología una conceptualización estructural esencialista de lo que hay, su naturaleza es analítica y no encaja bien con la teoría marxiana, que es al mismo tiempo analítico/sintética y diacrónico/sincrónica, y que tematiza tanto lo que hay (y cómo ha llegado a

serlo) como las simientes de su desarrollo, las premisas de su autosupresión; los entes que aparecen se transforman y escapan constantemente a la definición –las formas de valor se niegan sucesivamente la una al otra hasta alcanzar la forma de dinero, que se sublima como capital, última forma histórica (o, mejor dicho y de acuerdo con Marx, *prehistórica*) conocida, pero condenada, por su propia naturaleza contradictoria, a la autosupresión. En este sentido, y prescindiendo de si conviene o no el neologismo, resulta más afortunada la denominación acuñada por Zelený de *onto-praxeología*, concepto que incluye el factor *praxis*, que es el ámbito de interacción del ser y la conciencia, pero sin tomar la expresión en su sentido literal, porque *ser* y *conciencia* son dos aspectos indisolubles de lo mismo. Por otro lado, lo que Marx lleva a cabo con *El Capital* no es (o no solamente es) la ontología de la mercancía, sino un estudio integral o filosófico del funcionamiento de la sociedad moderna. De todas maneras, lo que vemos a comienzos de esta obra es la *dialéctica* de la mercancía, dialéctica que contiene una epistemología social en la que el *propio* movimiento del concepto va desplegando todas sus determinaciones de manera que esta forma (la mercancía) va asumiendo, una detrás la otra, *negación* detrás *negación*, todas las figuras de su desarrollo, “las cosas son en cuanto mercaderías” es una proposición que, si bien es adecuada empleándola en el contexto ideológico, tiene una cierta ambigüedad aplicada en el ontológico, por lo menos si no se especifica que se trata de una ontología subsumida en la ideología y, por lo tanto, sin trascendencia; por otro lado, también se puede afirmar que las mercancías son en tanto que negación

del ser determinado de las cosas: por lo tanto, las cosas *no-son* en tanto que mercancías (o, si se prefiere, las cosas son su *no-ser* en tanto que mercancías). Más adelante, al adentrarnos en el análisis del texto marxiano, veremos que la forma de valor es una *estructura intersubjetiva*.

Pero no se trata de encontrar la etiqueta que mejor le vaya a la teoría marxiana, sino de precisar el contenido fundamental y desentrañar cuanto esconde la fachada de la sociedad en la etapa actual de desarrollo capitalista; en el ya explicitado enfoque de ésta tesis, el contenido *de El Capital* es el despliegue de cuanto supone e implica la categoría de *alienación*, y atañe a la sociedad actual en la medida en que el capitalismo es la expresión ideológicamente más sofisticada y orgánicamente más ágil de la alienación.

Podríamos afirmar que toda la obra de Marx anterior *al capital* es una introducción a este texto; y eso es cierto hasta el punto que si no se conocen los escritos anteriores, no se puede hacer una lectura adecuada, entre otros motivos porque en *El Capital* se da por supuesto (a veces de manera explícita por parte de Marx) todo aquello que ya se ha tratado en otros escritos.

Repetimos ahora una pregunta que ya nos hemos formulado antes, y que debe reformularse hasta que deje de tener “sentido”: ¿por qué la filosofía se debe ocupar de la *economía*? Esta pregunta puede tener varias respuestas complementarias: si nos queremos acoger a un *argumentum ad verecundiam*, podemos recorrer a los nombres de Platón, Aristóteles o el mismo Hegel, que se ocuparon con bastante interés por

este asunto; o porque la filosofía, en tanto que quiere la sabiduría, quiere la verdad y la verdad de *homo sapiens*, que es la que más nos interesa, se esconde detrás eso que decimos *economía*; y ¿qué es eso en qué consiste la verdad y que se esconde detrás la economía? Naturalmente: la *alienación* (en último extremo, si se toma la economía como un todo –incluyendo su ideología correspondiente, etc.– economía y alienación coinciden); o porque si la filosofía quiere la sabiduría no puede renunciar a la crítica de la ideología, y, siendo así que ésta depende de (o está hondamente influenciada por) la economía, no puede obviar este factor determinante; o porque si la filosofía quiere influir en la praxis ¿cuál mejor manera de hacerlo que contribuir a desvelar su parte oculta? En fin, de argumentos, como se ve, hay.

Antes de entrar de lleno al análisis de *El Capital* nos detendremos en una aproximación previa a dos conceptos que son pilares: *valor* y *mercancía*.

Hay un concepto general del valor independiente de la economía; en este sentido, el valor no es una propiedad del objeto, pero el valor del objeto depende de sus propiedades, a través de las que mantenemos una relación material y espiritual con lo objeto. Esta modalidad de valor no es, sin embargo, conmensurable; es estrictamente cualitativa.

Sin embargo, a la hora de cambiar un objeto “mío” por otro “tuyo”, es decir, de transferirte la posesión de un objeto que hasta ahora poseía yo al mismo tiempo que tú me transfieres la de un objeto que hasta ahora era tuyo, y en el supuesto de que no somos amigos y, por lo tanto, no nos hacemos regalos, es precisa, cara a evitar el agravio comparativo,

una unidad de medida que sea común a los dos objetos. Aquí es donde empieza la “economía”. La medida del valor —que en este caso será cuantitativo— de estos objetos solo la podemos encontrar, ya que el valor es un factor humano, en el tiempo que cada uno de nosotros ha dedicado a elaborar su objeto y no a otra cosa; por lo tanto, el valor se mide empleando las unidades métricas del tiempo. Eso se ve claro en el valor de la *fuerza de trabajo* (concepto que definiremos más adelante, junto con Marx) que se expresa en el precio de la hora de trabajo; nótese bien que a lo que se le pone precio es a una fracción de tiempo. El valor de la mercancía es la suma de los tiempos de trabajo invertidos en la producción de ésta.

Este valor es, por lo tanto, *negativo*, ya que brota de la mediatización de mi libertad que supone el haber debido hacer algo que no es para mí; de otra manera no necesitaríamos equiparar los objetos de cambio, sino que nos dedicaríamos a regalárnoslos unos a otros, sin esperar nada “a cambio”. Solo a través de esta valoración negativa se puede transmitir al objeto un valor cuantificable.

En el idioma económico, del valor derivado de las relaciones del sujeto con las propiedades del objeto se dice *valor de uso*, y del valor derivado de la relación de la sociedad con el tiempo necesario para elaborar este objeto y no otro se dice, simplemente, *valor* (el cual, en las contingencias del mercado —pero sólo ahí— es el *valor de cambio*). La última forma que toma el valor en su evolución es la de dinero, que pasa a ser el valor en sí. *El valor de los objetos por sí mismos desaparece suplantado por la forma de precio del dinero*. El valor, por lo tanto, ha estado transferido, en

primer lugar, del hombre al objeto concreto, y, en segundo lugar, del objeto concreto en el objeto abstracto.

El nombre con que se conoce lo objeto portador de valor es el de *mercancía*. En la Grecia antigua los objetos vendibles son, lisamente, *ónton* (aquello que se vende); el origen de ‘mercadería’ lo encontramos al latín *merx mercis* [Corominas, VI, pp. 600-605], designando los objetos que son para vender a los mercados.

En la enciclopedia Espasa Calpe encontramos la siguiente definición de ‘mercancía’: “...*toda cosa útil y permutable que se destina a las operaciones del comercio*” [802]; el carácter superficial de esta definición se hará manifiesto cuando entremos en el análisis de la mercancía que hace Marx. Siguiendo con la Espasa Calpe, es curioso el criterio empleado en la clasificación de las mercancías: A...en el terreno de los principios [*sic*] se pueden clasificar las mercancías en los mismos grupos generales que las otras cosas, pues todas pueden convertirse en mercancías desde el momento en el que se las dedique al comercio” [803]. La forma de mercancía es, pues, universal, y aquello que aún no la ha preso en acto, la tiene en potencia. La clasificación, que ahí se ha simplificado en alguna explanación ociosa, es al cuadros siguiente; como se puede ver, la mercancía puede ser corporal (o no), y si lo es puede ser fungible (o no) y mueble (o no). De todas maneras, no obstante el propósito de exhaustividad de esta clasificación, no figura la principal mercancía, que es — no hay que decirlo — la fuerza de trabajo.

CLASES DE MERCANCÍA				
Corpora- les	Fungibles o no fungibles			
	Muebles	<i>Per se o por la ley</i>		
		<i>Géneros co- merciales</i> Que se pesan, cuentan o miden y se libran a una persona o sociedad por tal que los libre a los consumidores.	naturales: animales, vegetales i minerales	
			industriales	
		<i>Dinero o moneda</i> (moneda o papel moneda)		
		Títulos	Según el ob- jecto	Una cantidad de efectos públicos o privados
	Ciertas cosas (conocimientos, etc)			
	Facultades especiales			
	Servicios			
			Según la forma de emisión	
		Según la garantía		
Inmuebles				
Incorpora- les	servicios; trabajo (derechos de autor, derechos de inventor, clientela, etc.)			

Siguiendo con las enciclopedias y diccionarios, nos será útil contrastar unas cuantas definiciones de “valor”. Hay, por ejemplo, la siguiente definición, perteneciendo a la entrada “valor” de la *Enciclopedia Espada Calpe*.

Grado de utilidad o aptitud de las cosas, para satisfacer las necesidades o proporcionar bienestar o deleite.

Un objeto *es* o *no* es útil, pero no tiene un “grado” de utilidad. Por lo tanto, el valor de uso (al que únicamente se refiere esta definición) no es un grado de nada. El valor de uso solo es “graduable” (cuantificable) en la forma de valor de cambio. La presunta definición sería mucho más adecuada, pues, si suprimiendo “grado de” se deje el resto tal y como está, de esta manera:

Utilidad o aptitud de las cosas, para satisfacer las necesidades o proporcionar bienestar o deleite.

No obstante esta modificación, en realidad tampoco es una definición, ya que cae en la conocida falacia de la sinonimia: “valor (de uso)” es sinónimo de “utilidad”.

La definición de la *Grande Enciclopedia Catalana* nos dice del valor que es una calidad que hace que una cosa valga, pero no nos dice qué es el valor, sino que lo que nos dice, cayendo en el vicio de la circularidad, es que el valor es aquello que hace que las cosas tengan valor:

Calidad o conjunto de calidades que hacen que una cosa sea precia-
da, valga.

En el mismo vicio cae la prestigiosa *Grande Enciclopedia Larousse*, que
hace la siguiente definición:

Cualidad o conjunto de cualidades que hacen que una persona o cosa
sea apreciada.

Dichas calidades no son el *valor*; son lo que hace que algo *sea* valor. Es
como si pensásemos que la música que escuchamos *son* las notas que
hay escritas al pentagrama del intérprete; o que los conceptos *son* los
signos gráficos que hay en las hojas de los libros que leemos. En todo
caso, el valor sería el concepto de la relación que el hombre establece
con las cosas a través de estas calidades, pero eso nada más es valor de
uso, que tiene esta determinación objetiva y subjetiva.

El *Diccionario Enciclopédico Grijalbo* introduce una curiosa mezcla de eti-
cidad y utilidad en su definición (que coincide, casi literalmente, con la
de la Real Academia) de “valor”:

Cualidad de las cosas por la que éstas son deseables (bienes) o inde-
seables (males) pues los valores se dan en “polaridad” (bueno/malo,
bello/feo, etc.) a ambos lados de lo “indiferente”.

Ahí quizá se confunde *valor* con *valoración*: el primero depende de las
necesidades y las emociones, mientras que a la segunda interviene el

juicio (valoración positiva o negativa) que determina cuál lugar le recae a un objeto en la polaridad bueno/malo. “Los valores” en plural tienen relación con los principios. El valor no es una calidad ni un conjunto de calidades de las cosas; la naturaleza no proporciona valor a las cosas, somos nosotros que atribuimos el carácter de valiosas a las cosas que satisfacen nuestras necesidades o se adecuan a su concepto, siempre que su obtención supuso un cierto esfuerzo, pues no damos valor, por ejemplo, al aire que respiramos, todo y que satisface una necesidad vital.

La definición de la Salvadt Universal es, con mucho, el ejemplar más peculiar de esta muestra:

Propiedad abstracta ⁽¹⁾ que tienen las mercancías de satisfacer las necesidades humanas, tanto directamente (valor de uso) como indirectamente (valor de cambio).

Según esta definición, la propiedad que tiene un buen plato de garbanzos con chorizo de aportar vitaminas, proteínas y aminoácidos al organismo que los ingiere no es más que una propiedad *abstracta* suya. Así, si hacemos abstracción de lo único que nos resta, después de eso, por abstraer, que es la necesidad de alimento expresada en las ganas de comerlo, ya no nos lo comeremos; entonces si que nos encontraremos ante una propiedad “abstracta” y lo que haremos será vender los garbanzos a quien no los encuentre abstractos.

Lo que caracteriza, precisamente, el valor de uso es su carácter *concreto*, satisfactorio de necesidades *concretas* y producto de una actividad *concreta*.

Por otro lado, aún está por ver como una mercancía, a través de su valor de cambio, satisface “indirectamente” las necesidades de alguien, a no ser que existan las necesidades “indirectas”.

De ahora en adelante nos atenderemos a la definición técnica de valor como los diferentes tiempos de trabajo cristalizados y unificados en cada mercancía; en lo concerniente al valor de uso, este consiste, tal y como dice el nombre, en la utilidad (de la naturaleza que sea) del objeto-mercadería.

2.- La mercancía y el valor: los dos factores de la transubstanciación

Marx escribe, al conocido primer párrafo del primer capítulo *de El Capital* que la riqueza (el conjunto de bienes) de la sociedad capitalista aparece como un grande *stock* de mercancías y que la mercancía es la *forma elemental* de esta riqueza [OME 40, Y, 43]. Esta expresión no es una simple fórmula de transición, sino que contiene el concepto que se des-

arrollará en esta sección: la mercancía es la célula, funcional y constructiva, del sistema capitalista.

El valor de la mercancía se expresa a la relación de cambio, que en su expresión más simple es una ecuación como esta:

$$1/2 \text{ docena de huevos} = 3 \text{ kg de patatas}$$

¿Como es posible? Si esta igualdad no quiere ser absurda, debe hacer referencia a algo diferente de las propiedades materiales de los huevos y las patatas. ¿Como qué, pues, son *iguales* los huevos y las patatas? Si hacemos abstracción de las propiedades que configuran la mercancía como cosa útil, solo nos queda una: la de ser producto de la actividad humana (antes ya se ha puesto de manifiesto la relación del valor con el tiempo invertido al hacer tal cosa *no-para-mi* y no tal otra). Pero...

Cuando abstraemos de su valor de uso hacemos también abstracción de los elementos y las formas corpóreas que lo convertían en valor de uso. Ya ha dejado de ser mesa, o casa, o hilado o cualquier otra cosa útil. Se han disuelto todas sus características constitutivas sensibles. Tampoco es ya producto del trabajo del carpintero, o del albañil, o del hilandero, ni de ningún otro trabajo productivo determinado. Con el carácter útil de los productos del trabajo desaparece el carácter útil de los trabajos representados en ellos, desaparecen, pues, también las diferentes formas concretas de esos trabajos, que dejan de diferenciarse y se reducen todos juntos a trabajo humano igual, a trabajo humano abstracto [OME 40, 46].

Efectivamente, la actividad humana reducida a mera cantidad es una abstracción, que además, esconde la contradicción que, por una parte

se elimina todo componente humano (cualitativo) de esta actividad, mientras por la otra el valor depende de que sea humana.

De hecho, en un sistema económico mundializado como el nuestro, el conjunto de mercancías constituye una sola mercancía con un valor global que se reparte entre los diferentes capitales. Las mercancías no son más que variables cuantitativas del valor. Los objetos concretos mediante los que se manifiesta el valor son meros vehículos de este, a la manera como las moléculas del aire son las portadoras del habla.

En tanto que su objeto es la mercancía, la actividad productiva genera, al mismo tiempo que las cosas útiles, *valor*; vale a decir, al mismo tiempo que hace valor de uso hace valor.

3.- La forma de mercancía y su dialéctica

Marx emplea el concepto de *forma* para referirse a las determinaciones intersubjetivas que consuetudinariamente consiguen fijeza idiosincrásica, deviniendo formas a priori de la praxis (que, por adelantado, determinan la conducta de los individuos). Así, la forma de valor de la mercancía (como la mercancía misma) no es más que una proyección intersubjetiva, sobre las cosas, de propiedades y relaciones humanas (la naturaleza no produce mercancías).

Las mercancías nacen en forma de valores de uso, o cuerpos de mercancías: hierro, tela de lino, trigo, etc. Ésa es su forma natural y sin misterios. Pero son mercancías sólo porque son cosas dobles: objetos de uso, y al mismo tiempo, portadoras de valor. Por eso no aparecen como mercancías, no poseen forma de mercancías, más que en la medida en que poseen forma doble: forma natural y forma de valor [55].

Efectivamente, la estilográfica que veo en el expositor de la papelería exhibe las dos formas: la de valor, expresada en el precio, y la natural, en el valor de uso que tiene para mí. En el momento que la he cambiado por dinero desaparece su forma de valor y pasa a ser, solo, aquello que supone su forma natural: una herramienta para escribir.

Primeramente, el valor aparece en su forma simple, que es la confrontación ocasional de dos mercancías:

$$1/2 \text{ docena de huevos} = 3 \text{ kg de patatas}$$

expresión que indica que 1/2 docena de huevos *vale* 3kg de patatas. Formalizando con variables, $x_A = y_B$ (x cantidad de A vale y cantidad de B).

El signo '=', como hemos visto, expresa igualdad de valores. En "*1/2 docena de huevos=3 kg de patatas*" los huevos interpretan un papel diferente que las patatas, ya que expresan su valor en estas, las cuales hacen de material de expresión del valor de los huevos.

La primera mercancía desempeña un papel activo; la segunda un papel pasivo. El valor de la primera mercancía está representado como valor relati-

vo, o, lo que es lo mismo, se encuentra en forma de valor relativo. La segunda mercancía funciona como equivalente, o, lo que es lo mismo, se encuentra en forma de equivalente.

La forma de valor relativa y la forma de equivalente son momentos inseparables, que se corresponden el uno al otro y se condicionan mutuamente; pero al mismo tiempo son extremos que se excluyen el uno al otro, extremos contrapuestos, esto es, polos de una misma expresión de valor; siempre se distribuyen entre las diferentes mercancías relacionadas por la expresión de valor. Pues no se puede expresar, por ejemplo, el valor del lino en lino. 20 codos de lino=20 codos de lino no es ninguna expresión de valor [56-57].

Podemos observar, pues, el carácter contradictorio de la relación de valor, que por una banda une dos objetos diferentes en una expresión unitaria y por la otra los radicaliza en su diferencia, ya que por tal que la ecuación exprese valor, las mercancías deben ser diferentes, ya que (como se ve en el ejemplo de Marx) en esta igualdad sólo se expresa la identidad de veinte codos de lino. De la mercancía que expresa su valor en la otra decimos que está en la forma relativa del valor, y de la que sirve para expresar el valor decimos que se encuentra en la forma de equivalente del valor. En la relación entre estas dos formas del valor se esconden todos los “secretos” de la economía capitalista.

3. 1.-El valor en su forma relativa: desde fuera del espejo

¿En qué consiste la expresión simple de valor de una mercancía en otra? Para averiguarlo debemos prescindir, paradójicamente, de consideraciones cuantitativas.

Para averiguar cómo está inserta en la relación de valor entre dos mercancías la expresión simple de valor de una mercancía hay que considerar por de pronto aquella relación con completa independencia de su aspecto cuantitativo [57].

El valor que se expresa en la relación entre las patatas y los huevos (*1/2 docena de huevos=3 kg de patatas*) es el de los huevos, pero: ¿por qué patatas? Porque el *valor* de los huevos se expresa en el *valor de uso* de las patatas; la cantidad se expresa a través de la calidad.

Así, pues, mediante la relación de valor la forma natural de la mercancía B se convierte en la forma de valor de la mercancía A, o sea, el cuerpo de la mercancía B se convierte en espejo del valor de la mercancía A². La mercancía A, al referirse a la mercancía B como cuerpo de valor, como materialización de trabajo humano, convierte el valor de uso B en material de su propia expresión de valor. El valor de la mercancía A, así expresado en el valor de uso de la mercancía B, tiene la forma del valor relativo [61].

La determinación cuantitativa de los huevos como *valor de uso* es el *valor* de las patatas. Pues el valor, para autoconfirmarse, necesita sentirse valor de uso, análogamente a como ciertas personas necesitan sentirse útiles para autoreconocerse.

2. Nota de Marx: en cierto modo pasa con el hombre como con la mercancía. Puesto que no llega al mundo con ningún espejo, ni tampoco en condición de filósofo fichteano, con su «Yo soy yo», el hombre empieza por reflejarse en otro ser humano. El hombre Peter no se relaciona consigo mismo en cuanto ser humano sino a través de la relación con el hombre Paul. Mas con eso mismo resulta que Paul es para él, con todos sus detalles, con toda su paulina corporeidad, la forma de manifestación del género humano.

3. 2.- El valor en la forma de equivalente: desde dentro del espejo

En la relación entre los huevos y las patatas éstas hacen de equivalente ¿qué quiere decir eso? pues que los huevos manifiestan su valor en cuanto a que las patatas, directamente, valen lo mismo; es decir, las patatas son inmediatamente cambiables por los huevos. Por lo tanto, la forma de equivalente de una mercancía es la forma de su intercambiabilidad directa por otra mercancía³, vale decir, la estructura intersubjetiva que le otorga este papel.

La primera peculiaridad que llama la atención al considerar la forma de equivalente es ésta: un valor de uso se convierte en forma de manifestación de su opuesto, el valor.

La forma natural de la mercancía se convierte en forma de valor. Pero -nota bene- ese *quidproquo* no se produce para una mercancía B (...) más que dentro de la relación de valor en que entra con ella otra mercancía cualquiera, A (...), sólo dentro de esa relación. Como ninguna mercancía se refiere a sí misma como equivalente, o sea, ninguna puede hacer de su propio pellejo natural expresión de su propio valor, tiene que referirse como equivalente a otra mercancía, tiene que convertir el natural pellejo de otra mercancía en forma de valor suya propia [65].

3. Nos ilustrará eso el ejemplo de una medida que conviene a los cuerpos de mercancías en cuanto cuerpos de mercancías, esto es, en cuanto valores de uso. Un pilón de azúcar, como es un cuerpo, gravita y, consiguientemente, tiene peso pero no es posible percibir con la vista o con el tacto el peso de un pilón de azúcar. Tomamos, entonces, diversos trozos de hierro cuyo peso está determinado previamente. La forma corpórea del hierro tomada en sí misma no es en absoluto forma de manifestación de la gravedad, exactamente igual que ocurre con la del pilón de azúcar. A pesar de eso, para expresar el pilón de azúcar en cuanto grave le ponemos en una relación de peso con el hierro. En esta relación el hierro funciona como cuerpo que no representa absolutamente nada más que gravedad. Por lo tanto, las cantidades de hierro sirven de medida del peso del azúcar y no representan, respecto del cuerpo del azúcar, más que mera forma de la gravedad, forma de manifestación de la gravedad. El hierro no desempeña ese papel más que dentro de esta relación en la cual entra con él el azúcar o cualquier otro cuerpo cuyo peso se trate de averiguar. Si las dos cosas no fueran graves, no podrían entrar en esa relación ni, por Cuando las ponemos ambas en la balanza, vemos efectivamente que son lo mismo en cuanto gravedad y, por lo tanto, que, en determinadas proporciones, son del mismo peso. Del mismo modo que el cuerpo férreo en cuanto medida de peso no representa respecto del pilón de azúcar más que gravedad, así también en nuestra expresión de valor el cuerpo de la levita no representa frente al lino más que valor.

Pero con esto se acaba la analogía. En la expresión de peso del pilón de azúcar el hierro representa una propiedad natural común a ambos cuerpos, su gravedad; mientras que en la expresión de valor del lino la levita representa una propiedad sobrenatural de ambos: representa su valor, una cosa puramente social [65-66].

Estas relaciones entre mercancías esconden, naturalmente, relaciones sociales, de las que, sin embargo, se va perdiendo el rastro:

...como las propiedades de una cosa no nacen de su relación con otras, sino que en esta relación no hacen más que actuarse, la levita parece poseer por naturaleza su forma de equivalente⁴, su intercambiabilidad inmediata, exactamente igual que su propiedad de ser pesada o de dar calor. Aquí tiene su origen el carácter enigmático de la forma de equivalente, carácter que no salta a la embotada vista burguesa de los cultivadores de la economía política más que en el momento en que esa forma se les enfrente, ya terminada, en el dinero. Entonces el economista intenta quitarse de encima el carácter místico del oro y de la plata mediante una explicación que consiste en deslizar bajo ellos mercancías menos esplendorosas y canturrear, con satisfacción constantemente renovada, el catálogo de todas las mercancías de a pie que en otros tiempos desempeñaron el papel de equivalente de mercancías. No se da cuenta siquiera de que ya la más sencilla expresión de valor, como 20 codos de lino = 1 levita, plantea el enigma de la forma de equivalente [66].

Efectivamente, para los economistas el carácter de equivalente es *a priori*; por lo tanto, no se preocupan por su naturaleza, sino por cuáles objetos son los que hacen este papel.

Si nos lo miramos desde el lado del trabajo, vemos que – en el ejemplo de Marx – el trabajo de sastrería nada más refleja la propiedad de ser trabajo humano abstracto; así, por tal de expresar...

...que el tejer constituye el valor del lino no en su concreta forma de trabajo textil, sino en su propiedad general de trabajo humano, se le enfrenta el trabajo de sastrería, el trabajo concreto que produce el equivalente del lino, como forma tangible de realización de trabajo abstractamente humano [67].

4. Recordemos que Marx utiliza como ejemplos el lino y las levitas (20 codos de lino=1 levita).

Como vemos, el trabajo de sastrería (concreto) sirve para expresar trabajo humano en general (abstracto) al igualarse con el trabajo de tejer; por lo tanto, el trabajo privado (que produce una mercancía concreta) aparece como trabajo social. Es por eso que...

...se presenta en un producto directamente intercambiable con otra mercancía. Es, pues, una tercera peculiaridad de la forma de equivalente el que el trabajo privado se convierte en la forma de su opuesto, en trabajo en forma inmediatamente social [67].

La forma de equivalente de la mercancía tiene, por lo tanto, tres peculiaridades:

- en ella el valor de uso funciona como expresión de su contrario: el *valor*;
- el trabajo concreto (que produce un objeto concreto) funciona como expresión de su contrario, el trabajo abstractamente humano (productor de *valor*);
- el trabajo privado (que produce una mercancía) funciona como manifestación de su contrario, el trabajo social (que se integra en la suma indiferenciada de los trabajos productores de *valor*).

Esta remisión del ámbito de la forma al ámbito del contenido delata la inconsistencia de la trama intersubjetiva del valor, al que le sucede algo semejante a los objetos de la adoración religiosa, que necesitan estar “encarnados” en esculturas y pinturas si quieren tener clientela.

3. 3.- Aristóteles: el primer economista

Como baza didáctica Marx invoca Aristóteles, lejano precursor suyo, que le ayuda a aclarar la naturaleza de las contradicciones que se hacen patentes al analizar la mercancía, no obstante que no puede (todo y acercándose) llegar a formular la teoría del valor, por tal como...

...el hecho de que en la forma de los valores de las mercancías se expresan todos los valores como valor humano igual y, por lo tanto, igual en valor, no se podía desprender para Aristóteles de la misma forma de valor porque la sociedad griega se basaba en el trabajo de los esclavos y tenía, consiguientemente, como base natural la desigualdad entre los hombres y, por lo tanto, entre sus fuerzas de trabajo. El enigma de la expresión de valor, la igualdad e igual validez de todos los trabajos por ser trabajo humano genérico y en la medida en que lo son, no se puede descifrar hasta que el concepto de la igualdad humana adquiere ya la firmeza de un prejuicio popular. Pero esto no es posible sino en una sociedad en la cual la forma de mercancía es la forma general del producto del trabajo y, por lo tanto, la relación entre los hombres en cuanto poseedores de mercancías es a su vez la relación social dominante. El genio de Aristóteles brilla precisamente en el hecho de haber descubierto en la expresión de valor de las mercancías una relación de igualdad. Sólo la barrera histórica de la sociedad en la que vivía le impide averiguar en qué consiste "en verdad" esa relación de igualdad [68-69].

Dicho de otro modo, la sociedad moderna se caracteriza porque cualquiera es propietario (aunque solamente lo sea de su fuerza de trabajo); cualquiera es, en principio, igual; el trabajo, por lo tanto, es reducible a trabajo igual en valor. El esclavo, en cambio, no es propiedad de si mismo y, por lo tanto, no puede ser propietario de su fuerza de trabajo, que es la mercancía del proletario; en la sociedad esclavista no hay, por

lo tanto, igualdad de trabajos. Este es el escollo con que topa Aristóteles.

Vemos que un de los padres de la filosofía, Aristóteles (tan venerado por los aficionados a la metafísica) analiza (como hace Marx, también filósofo) los contenidos de los fundamentos presuntamente materiales de la realidad humana (y de la humanidad real) por tal de entenderla. La obra de Aristóteles donde se encuentran las consideraciones mencionadas –ubicación, por cierto, no especificada por Marx– es la *Ética Nicomaquea*, capítulo 5 del libro V (entre 1132b y 1134b), que lleva por título *La justicia y la reciprocidad*, donde Aristóteles escribe que aquello que produce la retribución proporcionada es la unión de términos diametralmente opuestos, y sigue:

Sea A un arquitecto, B un zapatero, C una casa y D un par de sandalias. El arquitecto debe recibir del zapatero lo que éste hace y compartir con él su propia obra; si, pues, existe en primer lugar la igualdad proporcional, y después se produce la reciprocidad, se tendrá el resultado dicho. Si no, no habrá igualdad y el acuerdo no será posible; pues nada puede impedir que el trabajo de uno sea mejor que el del otro, y es necesario, por tanto, igualarlos. Pues una asociación por cambio no tiene lugar entre dos médicos, sino entre un médico y un agricultor, y en general entre personas diferentes y no iguales. Pero es preciso que se igualen y, por eso, todas las cosas que se intercambian deben ser, de alguna manera, comparables [E.N.; 1133a, 8-20].

Cosas, pues, que son diferentes, deben ser reductibles a algo igual; una vez conseguido eso, se deben confrontar recíprocamente. Como se hace manifiesto, Aristóteles se percató de la ambivalencia de la mercancía y ve que, además del valor de uso, tiene alguna otra cosa que la iguala a

las otras, e intenta averiguar en que consiste este tercer término ecualizador:

Es preciso, pues, que entre el arquitecto y el zapatero haya la misma relación que hay entre una cantidad de zapatos y una casa o tal alimento. Pues, de otro modo, no habrá cambio ni asociación. Pero esta proporción no será posible, si los bienes no son, de alguna manera, iguales. Es menester, por tanto, que todo se mida por una sola cosa, como se dijo antes. (...) Habrá, por tanto, reciprocidad cuando la igualación en el cambio llegue a ser tal que el agricultor sea al zapatero como el producto del zapatero al del agricultor [E.N.; 1133a-24 a 1133b-a].

Si igualamos los trabajos del arquitecto y del zapatero, tendremos la clave para encontrar aquello que hay de igual en los productos de este trabajo igual. Esta acertada reflexión contiene las premisas de las que Aristóteles no puede sacar unas conclusiones que habrían representado ir más allá de los parámetros conceptuales e históricos de su tiempo; si, por ponerlo como ejemplo, el arquitecto es un hombre libre y el zapatero un esclavo, no hay posibilidad alguna de igualar sus trabajos. En el ejemplo que ofrece, la mercancía zapatos, producto del zapatero, toma la forma de equivalente en su relación con la mercancía casa o con la mercancía tal alimento, productos, respectivamente, del arquitecto y del agricultor. La relación que se entabla entre dichas mercancías, una relación de igualación, debe ir acompañada del mismo tipo de relación en cuanto a los trabajos que las han producido; a saber: el del zapatero, el del arquitecto y el del agricultor. Como dice Marx, sin embargo, sin la presunta igualdad entre los hombres *ergo* entre sus fuerzas

de trabajo no hay solución para el problema que plantea Aristóteles, el cual se ve obligado a salir del paso con un subterfugio:

Es menester, por tanto, que todo se mida por una sola cosa, como se dijo antes. En realidad, esta cosa es la *necesidad* que todo lo mantiene unido; porque si los hombres no necesitaran nada o no lo necesitaran por igual, no habría cambio o no tal cambio [E.N.; 1133a, 25-30].

Aristóteles confunde, vemos, la necesidad de valores de uso ajenos, que, como causa genética del intercambio lo es, también (entre otros), de la forma mercancía del producto del trabajo, con aquello que hace posible que las cosas sean equitativamente intercambiables (o sea, mercancías); confunde la forma de la medida (el valor –una relación de equivalencia que supone la susodicha *igualdad*) con la *causa* de la medida.

3. 4.- La forma desplegada del valor: primera “capa de pintura” ideológica

La forma simple de expresión del valor, que es la que se ha estado tratando hasta ahí (en sus dos determinaciones), obedece a intercambios ocasionales, y representa la determinación, en cada ocasión, del valor de cada uno de los objetos de cambio. Por su propia lógica, esta forma evoluciona hasta la forma de valor desplegada, en la que cada mercancía tiene como equivalente cualquiera otra de las que forman parte de

5. La cursiva es mía.

una lista que no para de crecer. Esta transformación, que parece inocente, representa un paso de enorme trascendencia en la constitución de la ideología. En la forma simple la determinación del valor de los objetos que ocasionalmente devienen mercancías representa siempre deber invocar el tiempo invertido en su producción (y no al hacer otra cosa); por lo tanto, la determinación del valor remite a la actividad humana y, negativamente, a la libertad. En la forma desplegada, en cambio, se comienza a perder el rastro humano de la determinación del valor: con el hábito, el productor de patatas ya solo ve el valor de éstas en la relación con los otros productos.

3kg de patatas=1/2 docena de huevos

3kg de patatas=200 gr. de café

3kg de patatas=10 m de alambre

3kg de patatas=3/4 de litro de vino

3kg de patatas=etc.

Lo que se despliega ahí es el valor relativo de las patatas, en una lista de *diferentes* objetos producidos por trabajos *equivalentes*.

Ahora se pone de manifiesto que no es el intercambio lo que regula la magnitud de valor de la mercancía, sino, a la inversa, la magnitud de valor de la mercancía la que regula sus relaciones de intercambio [72-73].

Si no fuera así, con cada diferente mercancía tendría una relación de valor diferente; sin embargo, como vemos, los equivalentes de las patatas también lo son entre ellos.

A efectos prácticos, esta forma del valor comporta dos problemas: cada mercancía tiene una lista infinita de diferentes equivalentes y en cada caso se relaciona con una mercancía diferente como equivalente. Por lo tanto, al valor hay que conferirle una nueva forma.

3. 5.- La forma general del valor: segunda "capa de pintura ideológica"

La forma desplegada del valor surge históricamente cuando un producto, como el ganado, se cambia no ya ocasionalmente sino sistemáticamente por una muestra de otros productos. La evolución de la relación de valor conduce a su forma general, en la que todas las mercancías expresan su valor en una sola y una misma mercancía:

$$\left. \begin{array}{l}
 1/2 \text{ docena de huevos=} \\
 200 \text{ gr de café=} \\
 10 \text{ m de alambre=} \\
 3/4 \text{ de litro de vino=} \\
 \text{etc.=}
 \end{array} \right\} 3 \text{ kg de patatas}$$

Ahora las mercancías presentan su valor (i) simplemente, porque lo hacen en una sola mercancía, y (ii) unitariamente, porque lo hacen en la misma mercancía. Su forma de valor es simple y común, general por lo tanto.

Las formas I y II⁶ no llegaban más que a expresar el valor de una mercancía como algo distinto de su propio valor de uso o cuerpo de mercancía.

La primera forma arrojaba ecuaciones de valor como 1 levita = 20 codos de lino, 10 libras de té = 2 tonelada de hierro, etc. El valor levita se expresa como cosa igual al lino, el valor té como cosa igual al hierro, etc., pero esas expresiones de valor de levitas y té -cosa igual al lino, cosa igual al hierro- son tan diferentes entre sí como el lino y el hierro. Es evidente que esta forma no se presenta más que en los primeros comienzos, cuando los productos del trabajo no se convierten en mercancías más que por obra de un intercambio casual y ocasional.

La segunda forma distingue más completamente que la primera entre el valor de una mercancía y su valor de uso, pues, por ejemplo, el valor de la levita se enfrenta ahora a su forma natural en todas las formas posibles: como cosa igual al lino, como cosa igual al hierro, como cosa igual al té, etc., como cualquier cosa, salvo como cosa levita. Por otra parte, queda propiamente excluida toda expresión común de valor de las mercancías, pues en la expresión de valor de cada mercancía las demás mercancías no aparecen ahora más que en forma de equivalentes. En la realidad, la forma desplegada de valor aparece en cuanto que un producto del trabajo -el ganado, por ejemplo- se empieza a cambiar por otras varias mercancías no ya excepcionalmente, sino de modo habitual.

La forma nuevamente conseguida expresa los valores del mundo de las mercancías en una especie de mercancía única, siempre la misma y segrega-

6. Se refiere a la forma simple y a la forma desplegada.

da de ese mundo -lino, por ejemplo-, y representa así los valores de todas las mercancías por su igualdad con el lino. Ahora el valor de cada mercancía, en cuanto cosa igual al lino, es distinto no sólo de su propio valor de uso, sino también de todo valor de uso, y precisamente por eso está expresado como aquello que es común a esa mercancía y a todas las demás. Por lo tanto, ésta es finalmente la forma que refiere realmente las mercancías unas a otras en cuanto valores, la forma que las hace aparecer como valores de cambio unas de otras [74-75].

Se trata, pues, de una relación de equivalencia el carácter transitivo de la que determina los valores de todas las mercancías según su relación con el equivalente general. Así, con c como equivalente, para cualquiera par de mercancías x y y vale que: si $x=c$ y $y=c$ entonces $x=y$. Nos encontramos, pues, ante un nuevo paso en el enmascaramiento del contenido del valor (de su procedencia humana) ya que ahora, nada más conociendo la relación de una mercancía con el equivalente general, conocemos la que tiene con todas las demás. En la anterior forma (la forma desplegada) era la repetición de los cambios la que los llegaba a convertir en procesos automáticos; ahora, el proceso es automático por su propia naturaleza.

Al grado de desarrollo de la forma de valor relativa corresponde el grado de desarrollo de la forma de equivalente. Pero el desarrollo de la forma de

equivalente -vale la pena notarlo- no es más que expresión y resultado del desarrollo de la forma de valor relativa.

La forma de valor relativa simple o aislada de una mercancía constituye a otra mercancía en equivalente único, aislado. La forma desplegada del valor relativo -expresión del valor de una mercancía en todas las demás mercancías- imprime en las demás la forma de diversos equivalentes particulares. Por último, una particular especie de mercancías cobra la forma general de equivalente cuando y porque todas las demás mercancías la convierten en material de su propia forma de valor general y unitaria.

Pero en la misma medida en que se desarrolla la forma de valor como tal se despliega también la contraposición entre sus dos polos, entre la forma de valor relativa y la forma de equivalente [77].

La forma simple del valor contiene la contraposición entre la forma relativa y la de equivalente, pero reversiblemente (3 kg de patatas *valen* 1/2 docena de huevos *para el productor de patatas*, pero 1/2 docena de huevos *valen* 3 kg de patatas *para el productor de huevos*). En la forma desplegada cada mercancía despliega el abanico de su valor relativo en una multiplicidad de productos que pone como equivalentes. Esta forma acentúa la contraposición mencionada hasta el punto que su reversión implica al tránsito a otra forma de valor: la forma general.

Por último, la última forma, la forma III [la forma general, J.S.], da al mundo de las mercancías forma de valor relativa universalmente social porque y en la medida en que todas las mercancías que pertenecen a ese mundo, con una excepción única, quedan excluidas de la forma general de equivalente. Por lo tanto, hay una mercancía Bel lino- que se encuentra en la forma de la intercambiabilidad inmediata con todas las demás mercancías, o sea, en forma inmediatamente social, porque y en la medida en que ninguna de las demás mercancías se encuentra también en esa forma.

A la inversa: la mercancía que figura como equivalente general queda excluida de la forma relativa de valor unitaria y, por lo tanto, general del mundo de las mercancías. Si el lino —quiere decirse: cualquier mercancía que se encuentre en forma general de equivalente- participara también al

mismo tiempo de la forma de valor relativa, general, tendría que funcionar como equivalente de sí misma. Y entonces obtendremos: 20 codos de lino = 20 codos de lino; lo cual es una tautología con la que no se expresa ni valor ni magnitud de valor. Es la forma III la que hay que invertir para expresar el valor relativo del equivalente general. El equivalente general no posee ninguna forma de valor relativa común a él mismo y a las demás mercancías, sino que su valor se expresa relativamente en la serie infinita de todos los demás cuerpos de mercancías. De esta manera la forma relativa desplegada de valor, la forma II, se presenta ahora como específica forma de valor relativa de la mercancía equivalente general [77-79].

De esta manera, para expresar el valor de la mercancía en la que todas las otras expresan sus valores se debe recorrer a la antigua forma desplegada, que no es más que un conjunto de formas simples interrelacionadas.

3. 6.- La forma de dinero del valor y el fetiche mercancía: la pérdida total

La forma III, fijada históricamente en una mercancía determinada (así ha devenido con el oro y la plata) es la forma *dinero*. La expresión de valor relativa simple de una mercancía en otra que hace el papel de dinero es la forma de *precio*. En el ejemplo de Marx, la forma de precio del lino es:

20 codos de lino = 2 onzas de oro

o, si en el idioma monetario las dos onzas de oro se nombran, p. e., “dos libras esterlinas”:

20 codos de lino = 2 libras esterlinas

Ahora ya nos encontramos en condiciones de entender por qué, sin saberlo, somos fetichistas. Nos ilustra al respecto Marx a la parte más famosa (que no *conocida*) de *El Capital: El carácter de fetiche de la mercancía y su secreto*. Aparentemente, una mercancía no tiene nada de extraño; eso no obstante...

Su análisis indica que es una cosa complicadamente quisquillosa, llena de sofisticada metafísica y de humoradas teológicas. En la medida en que es valor de uso no tiene nada de misterioso, igual si la contemplo desde el punto de vista de que por sus propiedades satisface necesidades humanas que si considero que no cobra esas propiedades más que como producto de trabajo humano. Es claro sin más que el hombre altera con su actividad las formas de las materias naturales de un modo conveniente para él. Así, por ejemplo, se altera la forma de la madera cuando se hace de ésta una mesa. Pero a pesar de ello la mesa sigue siendo madera, una ordinaria cosa sensible. En cambio, en cuanto se presenta como mercancía se convierte en una cosa sensiblemente suprasensible [81].

Resumiendo: la mercancía es objeto de una veneración excesiva; tiene analogías con la metafísica y la teología y, todo y el trato empírico que tenemos con ella, se escapan propiedades que permanecen más allá del alcance de los sentidos. Estas consideraciones, que parecen algo exageradas, son absolutamente diestras, y lo podemos comprobar fehacientemente en el caso del dinero (o sea, de la mercancía-dinero).

De momento sabemos que la naturaleza mística de la mercancía no proviene ni de su utilidad ni de la determinación de su valor por el tiempo invertido en su producción (estos dos factores no implican que un objeto devenga mercancía).

¿De dónde viene, pues, el carácter enigmático del producto del trabajo en cuanto toma forma de mercancía? Evidentemente, de esa forma misma. La igualdad de los trabajos humanos cobra la forma objetiva de una igualdad de materialidad de valor de los productos del trabajo; la medida del gasto de fuerza de trabajo humana por su duración cobra la forma de magnitud de valor de los productos del trabajo; y, por último, las relaciones entre los productores, relaciones en el seno de las cuales se actúan aquellas determinaciones sociales de sus trabajos, cobran la forma de una relación social entre los productos del trabajo [82].

Lo estructura intersubjetiva de la forma de mercancía ha sublimado, convirtiendo en *a priori*, todo lo que ha ido dejando atrás en su evolución. Lo que en un principio era equiparación de trabajos, pasó a ser materialización de valor indiferente; la referencia a la actividad productiva humana pasa a ser referencia al valor abstracto y general; las relaciones personales y directas entre diferentes productores pasan a ser relaciones de sus productos mediante ellos.

El conjunto de propiedades de la actividad productiva humana es transferido a los productos de ésta. Todo eso se hace radicalmente patente en nuestra época, en que ni tan siquiera hay productos, ya que éstos han sido substituídos por las *marcas*.

Lo enigmático de la forma mercancía consiste, pues, simplemente en que devuelve a los hombres la imagen de los caracteres sociales de su propio trabajo deformados como caracteres materiales de los productos mismos del

trabajo, como propiedades naturales sociales de esas cosas y, por lo tanto, refleja también deformadamente la relación social de los productores con el trabajo total en forma de una relación social entre objetos que existiera fuera de ellos. A través de este quidproquo los productos del trabajo se convierten en mercancías, en cosas sensiblemente suprasensibles, en cosas sociales. De modo análogo, el estímulo luminoso de una cosa sobre el nervio óptico no se presenta como estimulación subjetiva del nervio óptico, sino como forma material de una cosa situada fuera del ojo. Pero en la visión hay realmente luz reflejada por una cosa, el objeto externo, hacia otra, el ojo. Hay una relación física entre cosas físicas. En cambio, la forma mercancía y la relación de valor de los productos del trabajo en la que aquella se expresa no tienen absolutamente nada que ver con su naturaleza física ni con las relaciones materiales que brotan de ella. Lo que para los hombres asume aquí la forma fantasmagórica de una relación entre cosas es estrictamente la relación social determinada entre los hombres mismos. Por eso, si se quiere encontrar una analogía adecuada hay que recurrir a la región nebulosa del mundo religioso. En éste los productos de la cabeza humana aparecen como figuras autónomas, dotadas de vida propia, con relaciones entre ellas y con los hombres [82-83].

Como los productores entran en contacto a través del intercambio, es decir, son los productos los que, al relacionarse, relacionan sus productores, sus relaciones sociales como productores devienen relaciones materiales entre personas y relaciones sociales entre cosas, de manera que para poderse integrar socialmente la actividad productiva de los productores primero se deben relacionar socialmente sus diferentes productos en tanto que valores. El ejemplo paradigmático lo tenemos en el trabajador, que se relaciona con el capital no como persona sino como mercancía: como fuerza de trabajo; no como ser humano, sino como cosa, porque él es el productor de sí mismo como cosa.

El tardío descubrimiento científico de que los productos del trabajo son, en cuanto valores, meras expresiones cosificadas del trabajo humano gastado en su producción es un descubrimiento que hace época en la historia evolu-

tiva de la humanidad, pero no disipa en absoluto la apariencia material de los caracteres sociales del trabajo. Un hecho que sólo se impone en esta particular forma de producción que es la producción de mercancías -el hecho, esto es, de que el carácter específicamente social de los trabajos privados y recíprocamente independientes consiste en su igualdad en cuanto trabajo humano y toma la forma de carácter de valor de los productos del trabajo sigue presentándose a los hombres cogidos en las relaciones y circunstancias de la producción mercantil, incluso después de aquel descubrimiento, como una cosa tan definitiva como la circunstancia de que el análisis científico del aire en sus elementos no impide que la forma aire siga existiendo como forma material física [84-85].

Sin embargo, el poder de la ideología es tan inmenso que, todo y descubriendo el fundamento, no podemos dejar de estar inmersos en ella, ya que es el medio intersubjetivo en el que existimos.

Las oscilaciones en las magnitudes de valor de las mercancías se producen constantemente, independientemente de la voluntad de los individuos que las intercambian.

Para estos sujetos el movimiento social de las magnitudes de valor tiene la forma de un movimiento de cosas bajo cuyo control se encuentran ellos mismos, en vez de controlarlas. Hace falta que se haya desarrollado plenamente la producción mercantil para que de la experiencia misma crezca la comprensión científica de que los trabajos privados -realizados en independencia recíproca, pero en interdependencia por todos lados, como miembros espontáneos que son de la división social del trabajo- se reducen constantemente a su medida socialmente proporcional porque en las relaciones de intercambio de sus productos, relaciones casuales y siempre oscilantes, el tiempo de trabajo socialmente necesario para su producción se impone por la fuerza como una ley natural reguladora, al modo, por ejemplo, como se impone la ley de la gravedad cuando se le viene a uno encima su casa. Por eso la determinación de la magnitud de valor por el tiempo de trabajo es un secreto oculto bajo los movimientos perceptibles de los valores relativos de las mercancías [85].

Efectivamente, los avances en la producción industrial reducen constantemente el tiempo medio necesario para la confección de las mercancías; de manera que si una empresa no se moderniza debe vender sus productos al mismo precio que la que sí lo ha hecho — más baratos—, no obstante los mayores costes de producción que tiene. Estos movimientos relativos de los valores repercuten en el mundo entero de las mercancías y son percibidos como contingencias automáticas del mercado.

La reflexión sobre las formas de la vida humana, y por lo tanto, también el análisis científico de ellas- emprende por principio un camino contrapuesto al de la evolución real. Empieza post festum y, por lo tanto, ya con los resultados consumados del proceso de desarrollo. Las formas que estampan en los productos del trabajo la impronta de mercancías y que, por lo tanto, son presupuestos de la circulación mercantil, poseen la solidez de formas naturales de la vida social ya antes de que los hombres intenten darse cuenta y razón no del carácter histórico de esas formas -que les parecen, por el contrario, inmutables-, sino de su contenido. Por eso lo único que llevó a la determinación de la magnitud de valor fue el análisis de los precios de las mercancías, y por eso fue la expresión dineraria común de las mercancías lo que condujo a fijar el carácter de valor de las mismas. Pero precisamente esta forma consumada -la forma dinero- del mundo de las mercancías es la que vela, en vez de manifestarlo, el carácter social de los trabajos privados y, por lo tanto, las relaciones sociales entre los trabajadores privados, presentándolas como relaciones entre cosas. Cuando digo que la levita, las botas, etc., se refieren al lino como encarnación general de trabajo humano abstracto, la insensatez de la expresión salta a la vista sin más. Pero cuando los productores de levitas, botas, etc., refieren esas mercancías al lino --o al oro, o a la plata, pues eso no hace a la cosa- como equivalente general, la relación de sus trabajos privados con el trabajo social global se les aparece precisamente en esa forma desatinada.

Así, el dinero es la objectificación de la relación del trabajo individual con el trabajo social en las condiciones de la alienación, pero aparece como algo independiente y dotado de unas propiedades intrínsecas. La intersubjetividad, bajo la ideología del sistema, se construye con los datos que aparecen en la superficie de los procesos reales; la escisión, que ahí se manifiesta en la mediatización de las relaciones sociales por el dinero, queda, así, legitimada por el autoengaño de la sociedad, que transfiere propiedades humanas a un intermediario virtual y las toma por naturales de éste, hecho que tiene su expresión económica en las formas de valor.

Pues bien: esas formas constituyen las categorías de la ciencia económica burguesa. Estas categorías son formas mentales socialmente válidas, o sea, objetivas, para las relaciones de producción de este modo de producción social históricamente determinado que es la producción mercantil. Por eso todo el misticismo del mundo de las mercancías, toda la magia y toda la fantasmagoría que, sobre la base de la producción mercantil, envuelven en nieblas los productos del trabajo desaparecen inmediatamente en cuanto que nos escapamos a otras formas [*modos*, J.S.] de producción [86].

Estas *formas* (que devienen categorías) son las estructuras de la intersubjetividad que configuran la ideología. Observamos que Marx especifica que estas formas de la intersubjetividad son, no obstante su carácter alienado, socialmente válidas, es decir, objetivas, y que funcionan en el marco del modo de producción vigente, pero no en otro. De eso se desprende que el correlato ideológico de la alienación se va amoldando a los cambios que sufre la escisión en su desarrollo a través de los diferentes modos de producción.

La economía política ha analizado, ciertamente, aunque sea de un modo imperfecto, el valor y la magnitud de valor, y ha descubierto el contenido oculto en esas formas. Pero ni siquiera se ha planteado nunca la pregunta de por qué este contenido toma aquella forma, esto es, por qué el trabajo se presenta en el valor, y la medida del trabajo por su duración se presenta en la magnitud de valor de su producto. Unas fórmulas que llevan escrito en la frente el hecho de pertenecer a una formación social en la cual el proceso de producción domina a los hombres y el hombre no domina aún el proceso de producción se imponen a su consciencia burguesa como una necesidad natural tan evidente como el trabajo productivo mismo. Por eso trata las formas preburguesas del organismo social de producción más o menos como los padres de la Iglesia tratan a las religiones precristianas [90-92].

La economía política ha descubierto, pues, que detrás del valor se esconde el trabajo, pero acepta este hecho como natural y no se pregunta por qué es así. Igual como para la Iglesia solo hay una religión verdadera, para la “ciencia económica burguesa” solo hay una Economía verdadera.

Como la forma de mercancía es la más general y menos desarrollada de la producción burguesa -razón por la cual aparece pronto, aunque no del mismo modo dominante y característico que hoy día- su carácter de fetiche parece aún relativamente fácil de descubrir. Pero cuando se trata de formas más concretas se pierde hasta esa apariencia de sencillez. ¿A qué se deben las ilusiones de la escuela mercantilista? A que no vio en el oro y en la plata el hecho de que en cuanto dinero representan una relación social de producción, aunque en forma de cosas naturales dotadas de curiosas propiedades sociales. Y la moderna ciencia económica, que desprecia con distinguida mueca el monetarismo de la escuela mercantilista, ¿es que no resulta tangible su fetichismo en cuanto trata el capital? ¿Hace mucho tiempo que se ha disipado La ilusión fisiocrática de que la renta de la tierra crece del suelo, y no de la sociedad? [93]

Pues, en lo concerniente a la “ciencia económica”, el modo de producción es como una cebolla a la que las diferentes corrientes han ido arrancando las capas sucesivas, pero sin enfrentarse nunca con la suya como tal.

4.- La perfecta trinidad

Los tres ejes sacrosantos sobre los que gira nuestra sociedad son: *dinero, capital y trabajo*. El dinero hace de vínculo homogeneizando, de ecualizador total; el capital es la negación de este carácter del dinero en la forma de una determinación interna que le confiere la peculiaridad de autoengordar mediante la simbiosis que mantiene con el trabajo; el trabajo es la pérdida del humano como actuación de la fuerza de trabajo bajo la forma de mercancía, transubstanciándose en el valor, que es el alimento, la jalea real, del capital.

4. 1.- Lo generador.

Hemos visto que ya en la expresión de valor más simple x mercancía A = y mercancía B- la cosa en la cual se representa la magnitud de valor de otra cosa parece poseer su forma de equivalente como propiedad natural social, con independencia de aquella relación. Hemos estudiado cómo se consolida

esa falsa apariencia. La cual se consume en cuanto que la forma general de equivalente se funde con la forma natural de una determinada especie de mercancía, o sea, cristaliza en la forma dinero. No se trata de que una mercancía parezca convertirse en dinero porque las demás mercancías presenten en ella sus valores desde todos los lados, sino que, a la inversa, las demás mercancías parecen presentar de un modo general sus valores en ella porque ella es dinero. El movimiento mediador se disipa en su propio resultado sin dejar rastro. Las mercancías, sin intervención por su parte, se encuentran con su propia figura de valor ya lista, en la forma de un cuerpo de mercancía que existe fuera de ellas y al lado de ellas. Esas cosas, el oro y la plata, tal como salen de las entrañas de la tierra, son ya encarnación inmediata de todo trabajo humano. A eso se debe la magia del dinero. El comportamiento meramente atomístico de los seres humanos en su proceso social de producción y, consiguientemente, la figura material de sus propias relaciones de producción, independiente de su acción individual consciente, se manifiesta por de pronto en el hecho de que los productos de su trabajo toman de un modo general la forma de mercancía. El enigma del fetiche dinero no es, pues, más que el enigma del fetiche mercancía una vez visible, incluso deslumbrante [103-104].

En resumen: la propiedad de hacer de equivalente, que la mercancía “B” nada más adquiere en la relación de valor con la mercancía “A” (vale a decir, cuando “A” expresa su valor en “B”), acaba apareciendo como natural –de manera análoga a como el Sol “sale” por levante y “se esconde” por poniente. Después de pasar por la forma desplegada y por la forma general del valor, el papel de mercancía “B” acaba siendo asumido por una única mercancía, el oro, al que también se nombra dinero. El papel del oro, por razones técnicas, acabará siendo asumido por representantes fiduciarios suyos. Ya tenemos, por lo tanto, el valor *en sí* (o *para nosotros*), pero con la diferencia que este para-nosotros no es privilegiado, como en Hegel, sino que también es en sí –o para nosotros.

En el análisis de los *Grundrisse* ya se hizo un conjunto de consideraciones de carácter etimológico sobre 'dinero' que no es preciso repetir ahí. De lo que se trata ahora es de ver lo específico de *El Capital* sobre este asunto. En primer lugar, la deducción científica de la forma de *dinero* de la mercancía a partir de la dialéctica de ésta solo se encuentra en *El Capital*; los *Grundrisse* contienen geniales consideraciones de naturaleza general, que aún hay que disponer en un orden lógico (acordamos, sin embargo, que se trata de una serie de apuntes personales de Marx). La *Contribución a la crítica de la economía política* ya contiene esta dialéctica, pero tan mezclada con la historia de la teoría y con consideraciones accesorias, que se pierde de vista la conexión interna, que en *El Capital*, en cambio, se expone impecablemente en la serie de transiciones de una forma a la otra de valor, a través de las que evoluciona la mercancía hasta asumir la forma de *dinero*, en la que se ha borrado ya cualquier rastro humano de la constitución del valor.

Como medida de valor, el dinero funciona como dinero representado; no necesitamos ni un céntimo para expresar numéricamente el valor de una mercancía en la etiqueta que le atalajamos. Análogamente, si tenemos un objeto que hace un metro no necesitamos comprobar si la luz tarda exactamente $1/299792458$ de segundo al recorrer su superficie. Sin embargo, tanto a un caso como al otro deben existir, respectivamente, el dinero y la luz.

En el proceso de cambio las mercancías pasan de las manos en las que son no-valor de uso a manos en las que son valores de uso; se trata,

pues, de un metabolismo social, mediatizado por la metamorfosis de las mercancías.

Prescindiendo de la falta de claridad acerca del concepto mismo de valor, la concepción, muy deficiente, de ese cambio de forma se debe a la circunstancia de que todo cambio de forma de una mercancía se consuma en el cambio entre dos mercancías, una mercancía común y la mercancía dinero. Si sólo se tiene presente ese momento material, el intercambio de mercancía con oro, se pasa precisamente por alto lo que habría que ver, a saber, lo que ocurre con la forma. Se pasa por alto que el oro, en cuanto mera mercancía, no es dinero, y que las demás mercancías se refieren en sus precios al oro como su propia figura monetaria [115].

Acordamos que una mercancía expresa su *valor* en el valor de uso cuantitativamente determinado de otra mercancía y que, al mismo tiempo que todas y cada una de las mercancías expresan su valor (en la forma general) en el dinero, este expresa su valor (en la forma desarrollada) en todas y cada una de las otras mercancías. La cosa se complica más cuando en lugar del oro hacemos servir un representante del valor en la forma de dinero fiduciario (como el papel moneda o billete) que funciona bajo la confianza o la fe (*fides*). Para entender en la forma de precio el anterior párrafo se puede sustituir mentalmente “oro” por “peseta”, o por “euro” o por cualquier otra moneda a la que estemos ‘adaptados’. (La peseta, originalmente –hacia 1868– equivalía a 0,29032 gramos de oro; antes de desaparecer en el euro, equivalía a 0,006gr).

Las relaciones entre las mercancías son relaciones de valor que el dinero refleja. El dinero funciona como medida del valor porque tiene valor, igual como la cinta métrica funciona como medida de la longitud

porque tiene longitud; la única diferencia es que en un caso se comparan cosas físicas y en el otro caso son cosas sociales las comparadas:

La forma de dinero no es más que el reflejo de las relaciones entre todas las demás mercancías⁷, fijado en una mercancía determinada. Así, pues, el hecho de que el dinero es mercancía no resultará un descubrimiento más que para aquel que parta de su figura ya terminada para analizarla luego. El proceso de cambio no da a la mercancía que convierte en dinero su valor, sino su específica forma de valor. La confusión entre esas dos determinaciones lleva a creer que el valor del oro y el de la plata son imaginarios. Como el dinero se puede sustituir en determinadas funciones suyas por meros signos del mismo, se ha producido también otro error, a saber, que es un mero signo. Pero, por otra parte, tras ese error asomaba el barrunto de que la forma dinero de la cosa es externa a ésta, mera forma de manifestarse relaciones humanas ocultas tras ella. En este sentido toda mercancía sería un signo porque, en cuanto valor, toda mercancía es simplemente cáscara material del trabajo humano gastado en ella. Pero si se declara que los caracteres sociales que adquieren las cosas sobre la base de un determinado modo de producción, o los caracteres cósmicos que toman las determinaciones sociales del trabajo sobre la base de un determinado modo de producción, son meros signos, se declara al mismo tiempo que son arbitrarios productos de la reflexión de los hombres. Éste era el tipo de explicación favorito del siglo XVIII para arrancar al menos provisionalmente el velo de extrañeza a las enigmáticas configuraciones de las relaciones humanas cuyo proceso de constitución no se estaba en condiciones de descifrar [101-102].

¿Qué significa la inscripción “10 euro” sobre unos pedacitos rectangulares de papel verdoso? pues que un pedacito de papel de estos es el representante fiduciario de aquello que contiene la cantidad de valor designada por “10 euro”, pero en dinero real. En el siglo pasado se trataría de 290,32 gramos de oro (ahora por ahora 6gr), y el oro ya sabemos que no es dinero por su forma natural, sino por su forma social (o intersubjetiva).

7. Incluida, naturalmente, la fuerza de trabajo.

Normalmente nada más utilizamos el dinero en su forma de signo (empleamos signos del dinero, no dinero real) y como medio de compra; ha de haber, sin embargo, una riqueza material que lo soporte. Eso era explícito, hasta hace poco, en los billetes que llevaban, —en el caso del Estado español— aquella inscripción: “El banco de España pagará al portador...” Y es que antes de los acuerdos de Bretton Woods (1944) las monedas eran —y habían de ser— directamente convertibles a oro, que era el patrón del valor; en Bretton Woods se fijó el dólar como moneda patrón de las otras, el cual, a su turno, era convertible en oro. A partir de 1973 las monedas “flotan” en los mercados y los estados responden de su moneda con divisas, derechos especiales de giro sobre el FMI (DEGs) y reservas de oro. La implantación del euro supone, sin embargo, una paridad previa de las monedas europeas. Antes ya se ha hecho notar que, no obstante todo, el patrón de medida *in extremis* es el oro. El productor de mercancías cambia su producto por dinero, para cambiar, a su turno, este dinero por otras mercancías. Mediatizado por el dinero, hace el acto primitivo de cambiar mercancía por mercancía (no-valor de uso por valor de uso).

Para uno de los poseedores de mercancías el oro sustituye a su mercancía, para el otro la mercancía sustituye a su oro. El fenómeno perceptible es el cambio de manos o de lugar de la mercancía y el oro, de los 20 codos de lino y las 2 libr. est., o sea, su cambio. Pero ¿por qué cosa se cambia la mercancía? Por su propia figura general de valor. ¿Y por qué cosa se cambia el oro? Por una figura particular de su valor de uso. ¿Por qué se enfrenta el oro, como dinero, al lino? Porque el precio del lino, las 2 libr. est., su nombre-dinero, se refiere ya precisamente al oro como dinero. La alienación de la originaria forma de la mercancía se consume por la enajenación de la mercancía, esto es, en el momento en que su valor de uso atrae realmente al oro

que en su precio estaba sólo representado. La realización del precio, de la forma de valor meramente ideal de la mercancía, es, pues, al mismo tiempo y a la inversa realización del valor de uso meramente ideal del dinero; la transformación de mercancía en dinero es al mismo tiempo transformación de dinero en mercancía. El proceso, único, tiene dos caras: venta desde el polo del poseedor de mercancías, compra desde el contrapolo del poseedor de dinero. O, dicho de otro modo, venta es compra, M - D⁸ al mismo tiempo D - M [119-120].

Pues, la alienación de la mercancía, vale a decir, la escisión interna en valor de uso y valor, se resuelve, en tanto que contradicción, en el acto del cambio.

No obstante todo, el que ya ha vendido y tiene el dinero (quien ya ha cambiado su mercancía por la mercadería – dinero) no está obligado a comprar inmediatamente.

La circulación rompe las limitaciones temporales, locales e individuales del intercambio de productos precisamente porque escinde la identidad inmediata aquí presente entre la entrega del producto de trabajo propio y la adquisición del ajeno en la contraposición de venta y compra. Los procesos autónomamente enfrentados constituyen una unidad interna, y eso significa precisamente que su unidad interna se mueve en contraposiciones externas. Si la independización externa de cosas que internamente no son independientes, puesto que se complementan, avanza hasta un punto determinado, la unidad se impone violentamente... a través de una crisis. La contraposición, inmanente a la mercancía, entre valor de uso y valor, la contraposición de un trabajo privado que se tiene que presentar al mismo tiempo como trabajo inmediatamente social, la contraposición de un trabajo concreto particular que al mismo tiempo sólo vale como trabajo abstractamente general, la contraposición de la personificación de la cosa y la cosificación de las personas, esa contradicción inmanente cobra sus formas desarrolladas de movimiento en las contraposiciones de la metamorfosis de las mercancías. Por ello esas formas implican la posibilidad de las crisis, pero sólo la posibilidad. El desarrollo de esa posibilidad hasta ser realidad exige todo un ámbito

8. M = mercadería; D = dinero.

de circunstancias que no existen aún en absoluto desde el punto de vista de la circulación simple de las mercancías [125].

Con esta escisión de la inmediatez del cambio, aquello que era motivado por la necesidad puntual deviene producto del cálculo (un cálculo que nada más existe para el engorde del valor). Así, la crisis es la reacción a la tensión a que son sometidos entes unitarios que separamos “contra natura”; la crisis es, por lo tanto, un síntoma del proceso de la especie que nombramos *alienación*. —En el próximo capítulo veremos que el capital supone el trabajo asalariado, y que este supone la escisión; la crisis es, en otras palabras, la expresión del ilícito de pretender reducir absolutamente la calidad a cantidad.

El dinero, que supuestamente debía facilitar el intercambio, es también una mercancía susceptible de ser propiedad privada de cualquiera⁹.

De este modo el poder social se convierte en poder privado de la persona privada. Por eso la sociedad antigua lo denuncia como fraccionamiento monetario de su orden económico y moral. La sociedad moderna, que ya en sus años de infancia saca a Plutón de las entrañas de la tierra tirándole de los pelos, saluda en el áureo Grial la encarnación radiante de su más propio principio de vida [145].

El dinero también puede ser alquilado, constituyéndose con este hecho las categorías de *acreedor* y de *deudor*, que han implicado luchas históricas desde la antigüedad.

9. El impulso atesorador es desmedido por naturaleza. Cualitativamente, por su forma, el dinero es ilimitado, esto es, representante general de la riqueza material, porque se puede transformar inmediatamente en cualquier mercancía. Pero, al mismo tiempo, toda suma real de dinero es cuantitativamente limitada y, por lo tanto, medio de compra de efecto sólo limitado. Esta contradicción entre la limitación cuantitativa y la ilimitación cualitativa del dinero hace retroceder una y otra vez al atesorador en el suplicio de Sísifo de la acumulación. Le ocurre como conquistador del mundo, que al conquistar un nuevo país no conquista sino una nueva frontera [145-146].

...la lucha de clases del mundo antiguo se mueve principalmente en forma de lucha entre acreedores y deudores, y termina en Roma con el final del deudor plebeyo, sustituido por el esclavo. En la Edad Media la lucha termina suprimiendo el deudor feudal, que pierde, junto con su base económica, su poder político. De hecho, la forma dinero -y la relación entre acreedor y deudor tiene la forma de una relación dineraria- no refleja aquí más que el antagonismo de condiciones económicas de vida más profundas [148].

4. 2.- Lo generado

El término 'capital' proviene del latín *capitalis* (de *caput-itis*: 'cabeza') y denota lo relativo a la cabeza. Hace referencia a la más importante de un conjunto de cosas, como en el caso de la *capital* de un país, etc. Antiguamente se usaba ese término para designar un rebaño – de hecho, lo cabeza de ganado fue un de los primeros objetos empleados como moneda – y, por lo tanto, una cantidad de riqueza.

El capital es el subsistema básico del sistema capitalista, en la forma de una masa de dinero en movimiento que tiene una tendencia bien determinada: el crecimiento.

El dinero como tal y el dinero como capital se distinguen por la diferente manera de moverse: en el primer caso hace de intermediario entre mercancías mientras que en el segundo son estas las que le hacen de intermediario en el ciclo de la compra-venta. El dinero invertido en la

compra aumenta cuantitativamente con la venta, adquiriendo plusvalía.

El poseedor de dinero es capitalista en cuanto es portador consciente de ese movimiento. Su persona o, por mejor decir, su bolsillo es el punto de partida y el punto de regreso del dinero. El contenido objetivo de esa circulación -la valorización del valor- es su finalidad subjetiva, y el individuo no funciona como capitalista, como capital personificado, dotado de voluntad y conciencia, más que en la medida en que el único motivo impulsor de sus operaciones es la creciente apropiación de la riqueza abstracta. Así, pues, el valor de uso no se debe tratar nunca como finalidad inmediata del capitalista. Tampoco una ganancia particular, sino el movimiento incesante del ganar. Este impulso absoluto al enriquecimiento, esta apasionada caza del valor es común al capitalista y al atesorador, pero mientras que el atesorador no pasa de ser un capitalista necio, el capitalista es el atesorador racional. El incesante aumento del valor a que aspira el atesorador intentando salvar el dinero de la circulación lo consigue el capitalista, más listo, entregando ese dinero una y otra vez a la circulación [168-169].

El capitalista ha descubierto, pues, que el dinero, para desarrollarse, debe hacer ejercicio. El valor —observa Marx— deviene sujeto de un proceso en el que toma alternadamente forma de dinero y forma de mercancía, hace variar su propia magnitud “se desprende, como plusvalía, de sí mismo como valor inicial, se valoriza a sí mismo. Pues el movimiento en el cual hecha plusvalía es movimiento propio suyo, y la valorización es, por lo tanto, autovalorización” [169]. La identidad del valor como sujeto autónomo de este proceso de metamorfosis es el dinero, que opera autoreferentemente. El valor, sin embargo, creyendo ser el Espíritu hegeliano, utiliza tanto el dinero como las otras mercancías para su finalidad: la autovalorización absoluta. Como sustancia humana alienada persigue sus propios objetivos, y utiliza el hombre

para conseguirlos. El capitalista, por lo tanto, no es más que un lacayo de la ciega fuerza autovalorizadora del valor *qua* capital, al que le es indiferente quien asuma este papel. El capitalista es el esclavo más privilegiado del capital, pero, a fin de cuentas, tan esclavo como lo es el heroinómano de la heroína.

Por cierto ¿de donde proviene este incremento de valor? No de la circulación simple de mercancías, pues esta supone un intercambio de equivalentes en el que no se genera cabeza quantum de valor que no fuera antes:

El poseedor de mercancías A puede ser tan listo que consiga tomar el pelo a sus colegas B o C sin que éstos, pese a su óptima voluntad, logren vengarse. A vende vino por valor de 40 libr. est. a B y adquiere en el cambio cereales por valor de 50 libr. est. A ha transformado sus 40 libr. est. en 50 libr. est., ha hecho más dinero de menos dinero y ha convertido su mercancía en capital. Miremos más atentamente. Antes del cambio teníamos 40 libr. est. de vino en manos de A y 50 libr. est. de cereal en manos de B, un valor total de 90 libr. est. Luego del cambio tenemos el mismo valor total de 90 libr. est. El valor circulante no ha aumentado ni un átomo; se ha alterado su distribución entre A y B. De un lado aparece como plusvalía lo que en el otro es minusvalía: como más de un lado lo que en el otro es un menos. Este mismo cambio se habría producido si A hubiera robado directamente a B 10 libr. est., sin la forma encubridora del intercambio. Es evidente que la suma de los valores circulantes no puede aumentar por obra de un cambio de su distribución... [177-178].

La alucinación económica que del cambio de mercancías es de donde brota el plusvalor obedece a una visión unilateral del asunto: tal y como demuestra el nítido ejemplo de Marx, si del cambio uno sale ganando valor, es que el otro sale perdiendo.

El capital, como no podía ser menos, plantea una contradicción: debe manar y al mismo tiempo no manar de la circulación —lo primero, porque es su “forma de vida” y, lo segundo, porque, como ya hemos visto, el plusvalor no brota de la circulación. Por lo tanto, el poseedor de dinero deberá poder comprar una mercancía que tiene un valor de uso muy especial: su utilidad consiste en su capacidad de generar valor. Esta mercancía no es otra que la fuerza de trabajo, como “el contenido de las capacidades físicas e intelectuales que existen en la corporeidad, en la personalidad viva de un ser humano, y que este pone en movimiento siempre que produce valores de uso de cualquier especie” [182]. Tanto el poseedor de dinero como el poseedor de fuerza de trabajo se enfrentan en el mercado como propietarios de sus mercancías: el uno es comprador y el otro vendedor, y son, por lo tanto, personas jurídicamente iguales.

La persistencia de esta relación exige que el propietario de la fuerza de trabajo no la venda nunca más que por un tiempo determinado, pues si la vende toda en bloque, de una vez para siempre, se vende en realidad a sí mismo, se transforma de libre en esclavo, de poseedor de mercancía en mercancía. En tanto que persona se tiene que comportar siempre respecto de su fuerza de trabajo como respecto de propiedad suya y, por lo tanto, como respecto de mercancía propia, y sólo puede hacerlo así si no pone su fuerza de trabajo a disposición del comprador, si no se la cede para su uso, más que transitoriamente, por un plazo determinado, de modo que no renuncie a su propiedad por su enajenación [183].

El rasgo característico de la época capitalista es que “la fuerza de trabajo toma para el trabajador mismo la forma de una mercancía que le pertenece, y su trabajo, por lo tanto, la forma de trabajo asalariado”,

además, “sólo a partir de este momento se generaliza la forma mercancía de los productos del trabajo” [185]. Es decir, la metamorfosis de las capacidades humanas en la mercancía *fuerza de trabajo* implica a la forma de mercancía de los productos del trabajo, por lo tanto, el trabajo es, por su propia naturaleza, alienado; y lo es tanto por el carácter alienado de la relación del trabajo con el capital, como por la naturaleza alienada de la relación del trabajo con el propio trabajador, y, también, por el carácter alienado de la relación del trabajo con su resultado.

4. 3.- La entelequia

Del muestrario de diferentes formas de actividad productiva del hombre, la que nos interesa ahí es el trabajo, concretamente como trabajo asalariado en las condiciones capitalistas de explotación del hombre por el hombre.

El capitalista compra fuerza de trabajo, una mercancía de la que interesa el valor de uso, que es, precisamente, el trabajo (proceso en el que se producen mercancías). Pues, el proceso de trabajo “es un proceso entre cosas que el capitalista ha comprado, entre cosas que le pertenecen. Por eso el producto de ese proceso le pertenece exactamente igual que el producto del proceso de fermentación que discurre en su bodega” [201]. Lo fundamental de este proceso, sin embargo, es que la fuerza de trabajo produce diariamente más valor que el que tiene ella mis-

ma; el precio diario de la fuerza de trabajo nada más es una fracción del valor que produce su uso. En eso consiste la explotación capitalista y la producción de plusvalía. Desde un punto de vista ético, sin embargo, se plantea el siguiente problema: se trata de un intercambio equitativo, ya que se cambia equivalente por equivalente; si el capitalista ha comprado, pues, la fuerza de trabajo por su precio diario ¿qué tiene de reprobable el hecho de que la siga empleando un golpe ya ha producido el equivalente de su valor? Más adelante veremos en qué consiste esta estafa histórica. De momento, irá bien retener que el proceso de producción “en cuanto unidad de proceso de trabajo y proceso de formación de valor, es proceso de producción de mercancías; en cuanto unidad de proceso de trabajo y proceso de valorización, se proceso de producción capitalista” [214]. En el segundo caso también se producen mercancías, pero en la específica forma capitalista.

Marx nombra plustrabajo al trabajo “extra”, productor de plusvalía, el cual, contra lo que se suele creer, no considera privativo del capitalismo.

El capital no ha inventado el plustrabajo. En todo lugar en el que una parte de la sociedad posee el monopolio de los medios de producción, el trabajador tiene que añadir, en condición libre o no libre, tiempo de trabajo excedente al tiempo de trabajo necesario para su conservación, con objeto de producir los medios de vida del propietario de los medios de producción, ya sea este propietario un *kalós kagathós* ateniense, ya un teócrata etrusco, ya un *civis romanus*, un barón normando, un esclavista norteamericano, un boyardo valaco, un *landlord* o un capitalista moderno. De todos modos, está claro que cuando lo que predomina en una formación económica de la sociedad no es el valor de cambio, sino el valor de uso del producto, el plus-

trabajo queda delimitado por un círculo de necesidades más estrecho o más ancho, pero sin que nazca, en todo caso, del carácter mismo de La producción ninguna necesidad ilimitada de plustrabajo. Por eso resulta espantoso en la Antigüedad el sobretrabajo, cuando se trata de conseguir el valor de cambio en su autónoma figura de dinero, en la producción de oro y plata. Basta con leer a Diodoro Sículo. Pero en el mundo Antiguo esas cosas son excepciones. En cambio, en cuanto pueblos cuya producción se mueve todavía en las inferiores formas del trabajo esclavo, el trabajo servil, etc., se ven arrastrados a un mercado mundial dominado por el modo de producción capitalista, mercado por el cual la venta de los productos de esos pueblos en el extranjero se convierte en interés predominante, el horror civilizado del sobretrabajo se inserta en el horror bárbaro de la esclavitud, la servidumbre, etc. Por eso el trabajo de los negros en los estados del Sur de La Unión norteamericana conservó un carácter moderadamente patriarcal mientras la producción se orientó principalmente al autoabastecimiento inmediato. Pero en la medida en que la exportación de algodón se constituyó en interés vital de aquellos estados, la consunción de los negros en siete años de trabajo se convirtió en factor de un sistema calculado y calculador. No se trató ya de obtener del negro cierta masa de productos útiles. Ya sólo importó la producción de la plusvalía misma [256-257].

Efectivamente, el plustrabajo es un elemento natural de la escisión — o de las relaciones de producción alienadas — que sufre el mismo proceso histórico que ésta, llegando a su punto álgido en el capitalismo, que supone la más desarrollada realización de la alienación. El hambre de plustrabajo del capital se materializa en la explotación sistemática de la humanidad como materia prima, sin reparar pormenorizas personales, salud, sexo o edad. Si a un hombre de raza negra se le mataba en siete años de trabajos forzados, no se era más suave con los trabajadores europeos y con sus hijos, tal como consta en un artículo del *Daily Telegraph* parcialmente reproducido por Marx:

“El señor Broughton, *country magistrate*, presidió en la sala municipal de Nottingham el 14 de enero de 1860 un meeting en el que declaró que la par-

te de la población de la ciudad dedicada a la fabricación de puntillas soporta un grado de sufrimientos y privaciones desconocido en el resto del mundo civilizado... A las 2, las 3, las 4 de la madrugada arrancan a niños de 9 o 10 años de sus sucias yacijas y los obligan a trabajar hasta las 10, las 11 o las 12 de la noche por nada más que la simple subsistencia, mientras se les consumen los miembros, se les encoge el cuerpo, se les embrutecen los rasgos de la cara y todo su humano ser se inmoviliza en un torpor de piedra cuya mera visión es escalofriante. No nos sorprendió que el señor Mallet y otros fabricantes tomaran la palabra para protestar contra aquella discusión... El sistema descrito por el Rev. Montagu Valpy es un sistema de esclavitud ilimitada, esclavitud en sentido social, físico, moral e intelectual. . ¿Qué pensar de una ciudad que celebra un meeting público para solicitar que el tiempo de trabajo para hombres se limite a 18 horas diarias? ... Echamos discursos contra los dueños de las plantaciones de Virginia y Carolina. Pero su mercado de negros, con todos los horrores del látigo y del tráfico usurario con carne humana, ¿es más repulsivo que toda esta lenta carnicería humana puesta en práctica para fabricar velos y cuellos de puntilla en beneficio de capitalistas? [265].

Como este y de peores hay casos en toda la industria capitalista abanderada de todo el mundo. Entre los ejemplos que Marx aduce hay varios de muerte por sobretrabajo; de jornadas de 20 horas cumplidas por niños de 7 años; y de lo que se alcance a imaginar, siempre superado por la realidad. Muchos de estos casos vienen acompañados de testimonios de médicos que constatan la degeneración física y psíquica y la multiplicidad de enfermedades de toda calaña impuestas sobre una clase social entera en la civilizada Inglaterra, hasta el punto que la degeneración progresiva en todos los sentidos se podía observar en las sucesivas generaciones.

A nosotros todo eso nos parece muy lejano, porque vivimos en las ciudades privilegiadas del capitalismo; pero a las tres cuartas partes del planeta que los países desarrollados y sus multinacionales tienen in-

cursas en el subdesarrollo, no les resulta nada ajeno. De todas maneras, todo y que no es un tema carente de interés, aquí no se trata de tematizar desde la ética el *mal* intrínseco del sistema, que sería tema para un extenso y bien documentado trabajo, sino de estudiar la alienación como forma de funcionamiento de la especie.

Hace unos momentos nos referíamos a la estafa histórica perpetrada sobre la sociedad en la forma de la supuesta naturaleza equitativa del intercambio entre capital y trabajo, supuesto fundado en el hecho indiscutible que la fuerza de trabajo se compra por su valor en tanto que mercancía. Pues bien, que la fuerza de trabajo, tal y como la define Marx en la cita antes aducida, tenga el carácter de mercancía, es factor fundamental de la forma de la alienación en la que se articula la sociedad capitalista; es *conditio sine qua non* de su existencia; de ella dependen tanto lo estructura de las relaciones de producción como la del correlato jurídico y político que, en un marco idílico de democracia, las legitima. A causa de la ideología, el debate se centra no en si es lícito o ilícito el carácter de mercancía de la fuerza de trabajo —y, *a fortiori*, la propia existencia de ésta— sino en la equitatividad o inequitatividad del intercambio entre trabajo y capital; este es, precisamente, el tipo de planteamiento que conviene al sistema, ya que no va más allá de los parámetros entre los que la ideología encorseta el pensamiento. (¿Puede ser equitativa una relación que, desnudada de disfraces, resulta ser la compra-venta de personas reducidas a la forma de mercancías?).

BIBLIOGRAFIA

ADORNO, Theodor W.

Tres estudios sobre Hegel

TAURUS EDICIONES, Taurus humanidades 61

MADRID, 1981

AMIN, Samir

Decadencia y crisis del capitalismo actual

Zero-Zyx, Lee y discute 82

MADRID, 1978

ANDER-EGG, Ezequiel

Formas de alienación en la sociedad burguesa

HUMANITAS; Guidance, 22.

BUENOS AIRES, 1983

ANDREIEW, I

Problemas lógicos del conocimiento científico

Ed. Progreso

Moscow, 1984

ARISTÓTELES

Ética nicomáquea

GREDOS, Biblioteca clásica Gredos,8

MADRID, 1988

Política

Gredos, Bibl. clásica, 12

MADRID, 1987

ARTETA, Aurelio

Marx: valor, forma social y alienación

Ediciones libertarias 9

MADRID, 1993

AXELOS, Kostas

MARX: pensador de la técnica

FONTANELLA, Ciencias del hombre 8

BARCELONA, 1969

BARNET I CAVANAGH

Sueños Globales

Flor del Viento

BARCELONA, 1994

BARTRA, Roger

El poder despótico burgués

ERA, Serie popular 60

MEXICO 1978

BEER, Stafford

Diseñando la libertad

FONDO DE CULTURA ECONÓMICA, Breviarios 271

MADRID, 1977

BLOCH, Marc

Introducción a la historia

FCE, Breviarios 50

MÈXIC, 1952

BOSE, Arun

Economía política marxiana y postmarxiana

AU; Curso de economía contemporánea

MADRID, 1975

BOTTOMORE, Tom

Diccionario del pensamiento marxista

TECNOS

MADRID, 1984

BUNGE, Mario

Economía y filosofía

TECNOS, Cuadernos de filosofía y ensayo, 1.

MADRID, 1982

CHOMSKY, Noam

Cómo nos venden la moto

Icaria, Más Madera 2

BARCELONA, 1995

Cómo se reparte la tarta

Icaria, Más Madera 11

BARCELONA, 1996

DUSSELL, Enrique

La producción teórica de Marx

S. XXI, Bibl. del pensamiento. social. (serie estudios críticos)

MÈXIC, 1985

Hacia un Marx desconocido

S. XXI i Univers. Azpaiala

MÈXIC, 1988

ELDREDGE I TATTERSTALL

Los mitos de la evolución humana

FCE, Sección de obras de antropología

MÈXIC, DF., 1986

FEUERBACH, Ludwig

Principios de la filosofía del futuro

PPU, Col. Nóesis 4

BARCELONA, 1989

FEYERABEND, Paul

Diálogos sobre el conocimiento

CÁTEDRA, Teorema

MADRID, 1991

FORRESTER, Vivien

L'horror econòmic

Ed. 62, Llibres a l'abast 310

BARCELONA, 1997

GABEL, Joseph

Sociología de la alienación

AMORRURTU; Biblioteca de sociología

BUENOS AIRES, 1970

GADAMER, Hans Georg

La dialéctica de Hegel

CÁTEDRA, Teorema

MADRID, 1981

GEYMONAT, Ludovico

Historia de la filosofía y de la ciencia

GRIJALBO (CRÍTICA), Filosofía 1,2 y 3.

BARCELONA, 1985

GODELIER, MONOD I MOLOUD

Epistemología y marxismo

MARTÍNEZ ROCA

BARCELONA, 1974

GORZ, André

Historia y enajenación

FONDO DE CULTURA ECONÓMICA; Colección popular, 57

MÈXIC, D. F., 1964

GRANELL, Manuel

El hombre, un falsificador

Revista de Occidente

MADRID, 1968

GROETHUYSEN, Bernhard

La formación de la conciencia burguesa en Francia durante el s. XVIII

FCE, Selec. obras de historia

MÈXIC, 1943

GURMENDEZ, Carlos

El secreto de la alienación y la desalienación humana

ANTRHOPOS; Pensamiento crítico, Pensamiento utópico, 48.

BARCELONA, 1989

HABERMAS, Jürgen

El discurso filosófico de la modernidad

ALTEA, TAURUS, ALFAGUARA, Taurus humanidades, 290

MADRID, 1989

Assaigs filosòfics

EDICIONS 62, Textos filosòfics 66

BARCELONA, 1993

HEGEL, G. W. F.

Ciencia de la Lógica

SOLAR/HACHETTE (I i II)

BUENOS AIRES, 1974

Enciclopedia de las ciencias filosóficas

AU 869

MADRID, 1997

Fenomenología del Espíritu

FONDO DE CULTURA ECONÓMICA

MADRID, 1981

HELLBRONER, Robert

El capitalismo del siglo XXI

PENINSULA, Historia, ciencia y sociedad 244

BARCELONA, 1996

HELLER, Agnes

Teoría de los sentimientos

FONTAMARA, Logos 3

BARCELONA, 1980

HESSEN, Boris

Las raíces sociales y económicas de los Principia de Newton

U.B., Quaderns de filosofia de la ciència

BARCELONA, 1996

ISRAEL, Joachim

Teoría de la alienación: desde Marx hasta la sociología contemporánea: estudio macrosociológico

PENINSULA; Historia, ciencia, sociedad. Serie universitaria, 142.

BARCELONA, 1977

KOJEVE, Alexandre

La dialéctica de lo real y la idea de la muerte en Hegel

LA PLÉYADE

BUENOS AIRES 1984

KOLAKOWSKI, Leszek

Tratado sobre la mortalidad de la razón

MONTEAVILA LATINOAMERICANA, Estudios

CARACAS, 1983

Las principales corrientes del marxismo

ALIANZA EDITORIAL, A. U. 276,314 y 361

MADRID, 1985

Intelectuales contra el intelecto

TUSQUETS, Cuadernos ínfimos 131

BARCELONA, 1986

KORSCH, Karl

Karl Marx

ARIEL, Ariel quincenal nº 100

BARCELONA, 1981

KOSIK, Karel

Dialéctica de lo concreto

GRIJALBO; Norte.

MEXIC, 1967.

LAMO DE ESPINOSA, Emilio

La teoría de la cosificación: de Marx a la Escuela de Francfort

ALIANZA; Alianza universidad, 296.

MADRID, 1981

LEAKEY, Richard E.

La formación de la humanidad

Ed. del Serbal

BARCELONA, 1981

LEFEBVRE, Henry

Sociología de Marx

PENINSULA

BARCELONA, 1969

Hacia el cibernántropo

GEDISA, Hombre y sociedad

BARCELONA, 1980

LUKÁCS, G.

El joven Hegel

GRIJALBO; Obras Completas, XIV

BARCELONA, 1970.

Historia y Conciencia de Clase

GRIJALBO; Obras Completas, III.

BARCELONA, 1967.

MARKUS, György

Marxismo y antropología

GRIJALBO, Hipótesis 5

BARCELONA, 1974

MARTÍNEZ, Felipe

La filosofía de "El Capital".

TAURUS EDICIONES, Ensayistas 232

MADRID, 1983

McLELLAN, David

KARL MARX: su vida y sus ideas

GRIJALBO, Crítica 13

BARCELONA, 1983

MÉSZÁROS, István

La teoría de la enajenación en Marx

ERA, El hombre y su tiempo

MÈXIC, DF., 1978

MINOGUE, Kenneth

La teoría pura de la ideología

GRUPO EDITOR LATINOAMERICANO; Temas

BUENOS AIRES, 1988

MONDOLFO, Rodolfo

El humanismo de Marx

FCE, Sección obras de filosofía

MÈXIC, 1973

MORRIS, Desmond

El zoo humano

PLAZA Y JANÉS, Tribuna 44

BARCELONA, 1988

MOSSÉ, Claude

El trabajo en Grecia y Roma

AKAL, Akal básico 18

MADRID, 1980

NOVACK, George

La teoría marxista de la alienación

FONTAMARA; Aportes, 18

BARCELONA, 1979

PIAGET, Jean

La epistemología genética

Ed. DEBATE (Col. Universitaria)

MADRID, 1986

Investigaciones sobre la generalización

LA RED DE JONÁS; Psicología y psicoanálisis, 6

BARCELONA, 1984

PLATÓN

La república

ALIANZA EDITORIAL, Libro de bolsillo 1349

MADRID, 1993

POLANY, Karl

La gran transformación

LA PIQUETA, Geneal. del poder 17

MADRID, 1989

POULANTZAS, Nicos

Sobre el Estado capitalista

Laia, paperback 1

BARCELONA 1977

PRIOR, Angel

La libertad en el pensamiento de Marx

U.M., U.V., Col·lecció oberta de lletres

VALENCIA, 1988

RIU, Federico

Usos y abusos del concepto de alienación

MONTE AVILA

CARACAS, 1986

RÖD, Wolfgang

La filosofía dialéctica moderna

EDICIONES UNIVERSIDAD DE NAVARRA

PAMPLONA, 1987

SCHAFF, Adam

El marxismo a final de siglo

ARIEL, Ariel 122

BARCELONA, 1994

La alienación como fenómeno social

CRITICA; Estudios y ensayos, 59.

BARCELONA, 1979

Historia y verdad

GRIJALBO (CRÍTICA), Estudios y ensayos 7

BARCELONA, 1988

SICHIROLLO

Dialéctica

LABOR, Temas de filosofía

BARCELONA, 1976

SILVA, Ludovico

La alienación como sistema: la teoría de la alienación en la obra de Marx

ALFADIL; Trópicos, 2.

CARACAS, 1983

SWEEZY, Paul, M.

El marxismo y el futuro

CRÍTICA

BARCELONA 1982

TAKAHASHI, H. Kohachiro

Del feudalismo al capitalismo

CRITICA, Historia 41

BARCELONA, 1986

THOMPSON E. P.

La formación histórica de la clase obrera

LAIA (I, II i III)

BARCELONA 1977

TRIGGER, Bruce, G.

Sobre el origen del hombre

ANAGRAMA, Cuadernos Anagrama

BARCELONA, 1974

USCATESCU, George

Proceso al humanismo

GUADARRAMA; Punto omega

MADRID, 1968

VALLS, Ramón

La dialéctica

MONTESINOS, Biblioteca de divulgación temática 7

BARCELONA, 1981

VERNANT, Jean Pierre

El hombre griego

AE, Serie el hombre europeo

MADRID 1993

VV.AA.

El problema del hombre en la filosofía

NAUKA

MOSCOW 1988

VV.AA.

Reflexiones ante el neocapitalismo

Ediciones de cultura popular

BARCELONA 1968

WALLERSTEIN, Immanuel

El futuro de la civilización capitalista

Icaria, Antrazyt 101

BARCELONA, 1997

ZELENÝ, Jindrich

Dialéctica y conocimiento

CÁTEDRA, Teorema

MADRID, 1982

La estructura lógica de "El Capital" de Marx

GRIJALBO, Teoría y realidad, 5

BARCELONA, 1974